



Como

INCREMENTAR
nuestra comunión

con **DIOS**

Aprende a comenzar, transitar y terminar el día con Dios

Matthew Henry



Como Incrementar Nuestra Comuni3n con Dios

Aprende a comenzar, transitar y terminar el d3a con
Dios

Por **Matthew Henry**

Digital Edition v. 1.1.2.14

© 2014 Editorial Imagen, C3rdoba, Argentina

Editorialimagen.com

Gracias por descargar este libro. El mismo es propiedad intelectual de su autor y no puede ser alterado en todo o en parte. Este libro se encuentra en el dominio p3blico y ha sido formateado para asegurar una buena visualizaci3n en dispositivos digitales. Si te ha gustado este libro, por favor anima a tus amigos y familiares a que descarguen su propia copia desde editorialimagen.com

Tabla de Contenido

[AL LECTOR](#)

[MENSAJE I: Cómo empezar cada día con Dios](#)

[MENSAJE II: Cómo pasar el día con Dios](#)

[MENSAJE III: Cómo terminar el día con Dios](#)

AL LECTOR

Green (esto es, la sustancia de los mismos); el primero el 13 de agosto; el otro el 21 de agosto de 1712. Este último, muchos que lo habían oído me pidieron con insistencia que lo publicara; cosa que no tenía intención de hacer, puesto que ya tenemos instrucciones excelentes sobre los mismos asuntos en varios tratados prácticos, escritos por manos mucho mejores que las mías. Pero después de pensarlo otra vez, consideré que estos dos sermones sobre el principiar y pasar el día con Dios, puestos juntos, podían ser de alguna utilidad en las manos de algunos que no es probable que leyeran nunca los tratados mayores. Y la verdad del caso es que el tema de los mismos es de tal naturaleza que, si son de alguna utilidad, esta utilidad puede ser general y duradera; por lo que pensé en volverlos a escribir, con ideas añadidas, según Dios me permitiera, para entregarlos a la prensa. Cuando comuniqué esta idea a algunos amigos me aconsejaron que añadiera un tercer mensaje sobre terminar el día con Dios, y este tema lo utilicé en otra conferencia, una noche, el 3 de septiembre, aunque también lo he ampliado y modificado. Y así llegaron los tres mensajes a ser lo que son.

He de confesar que tengo esperanzas, que con ellas puedo contribuir a fomentar la piedad entre la gente sencilla, siempre con la bendición de Dios sobre la empresa y la obra de su gracia a través del esfuerzo. Mi intención es que este librito sea un presente a mis queridos amigos en el campo, de los cuales he tenido que separarme recientemente.

Y a ellos lo dedico con mi más tierno afecto y mis sinceros respetos, como testimonio de mi interés permanente en su bienestar espiritual; esperando y orando para que su conducta pueda ser en todo como corresponde al Evangelio de Cristo, y que, sea que vaya a verlos o esté ausente de ellos, pueda oír con gozo de sus asuntos

que están firmes en un espíritu de común acuerdo, esforzándose juntos por la fe del Evangelio.

Les mando los más cordiales y afectuosos saludos.

MATTHEW HENRY

8 septiembre 1712.

MENSAJE I: Cómo empezar cada día con Dios

“¡Oh, Jehová, de mañana oirás mi voz; de mañana me presentaré delante de ti, y esperaré!” (Salmo 5:3)

Si hiciera a alguno de vosotros la pregunta “¿Qué te trae aquí esta mañana tan temprano?”, es posible que pensarais que la pregunta es un poco brusca, poco delicada; y sin embargo ésta es la pregunta que quiero hacer, y seriamente: ¿Qué es lo que buscas? Siempre que andamos en tratos con Dios, sea en el culto o donde sea, deberíamos poder dar una buena respuesta a la pregunta que Dios le hizo a Elías: “¿Qué haces aquí, Elías?” Cuando regresamos o hemos terminado este encuentro con Dios hemos de poder dar una buena respuesta a la pregunta que hizo Cristo a aquellos que seguían la predicación y ministerio de Juan el Bautista: “¿Qué fuisteis a ver al desierto?”

Es sorprendente ver cuántos se han congregado aquí; sin duda, los campos están blancos para la siega, y estoy dispuesto a creer que no fue meramente por el placer de pasear en una mañana agradable que habéis venido aquí, o por curiosidad, porque la conferencia matutina nunca se había dado en este lugar; y que no es por la compañía, por el placer de encontrar amigos, sino que estáis aquí con un propósito piadoso, de dar gloria a Dios, y de recibir gracia de Él, y en los dos casos de mantener la comunión con Él. Y si me preguntáis a mí, que soy un ministro, por qué he venido yo, espero poder contestar con sinceridad que es para ayudaros a vosotros en vuestro propósito (en cuanto Dios me lo permita). “¿Vienes en paz?”, le preguntaron los ancianos de Belén a Samuel; y quizá me preguntaréis lo mismo, a lo cual voy a contestar, como hizo el profeta: en paz hemos venido a sacrificar al Señor y a invitaros a vosotros a sacrificar.

El mensaje matutino os da la oportunidad para doblar vuestras devociones por la mañana además de adorar a Dios en privado y en la familia, lo cual no debe ser suprimido o eliminado por venir a escuchar este mensaje; aquí os halláis reunidos en solemne asamblea en el nombre de Dios, tanto para orar juntos como para oír un sermón (según he oído decir, estas reuniones por la mañana se iniciaron en tiempos en que la nación se hallaba bajo la desolación y juicio de una guerra civil). Tenéis también la oportunidad de conversar con la Palabra de Dios; allí tenéis la voluntad de Dios, precepto sobre precepto y línea sobre línea. Ojala que cuando se os presenta la oportunidad de hablar con Dios, mañana tras mañana, como dice el profeta, “vuestros oídos puedan oír como los sabios”. (Isaías 50:4.)

Pero esto no es todo; deseamos que esta serie de oportunidades pueda hacer una impresión tal en vosotros que podáis permanecer siempre bajo su influencia; que el mensaje de esta mañana os deje mejor dispuestos para la adoración matutina después; que estos frecuentes actos de devoción puedan confirmaros en el hábito, y que en adelante vuestro culto diario pueda seros más fácil, o, como podríamos decir, os parezca más natural.

Para ayudaros a ello quisiera recomendaros el santo ejemplo de David en nuestro texto, el cual después de haber resuelto, en general (versículo 2), que abundaría en el deber de la oración y permanecería en él, “A ti oraré”, establece el momento adecuado para ello, y este momento es la mañana: “De mañana me presentaré delante de ti”, “De mañana oirás mi voz”. Pero no sólo por la mañana. David ejecuta este deber de la oración tres veces al día, como Daniel, “mañana y tarde y a mediodía oraré y clamaré” (Salmo 55:17). Y aun esto no basta, sino “siete veces al día le alabaré” (Salmo 119:164). Pero de modo particular por la mañana.

Es prudente y es nuestro deber el empezar cada día con Dios. Observemos en el texto:

La buena obra que tenemos que hacer en sí. Dios tiene que oír nuestra voz, hemos de dirigirle nuestra oración a Él, hemos de esperar en Él.

El tiempo designado y observado para hacer esta buena obra. Este momento es hoy por la mañana, y de nuevo la próxima mañana, esto es, cada mañana, cada vez que empieza el día.

En cuanto a lo primero, o sea, la obra, o la buena obra que se nos enseña por medio del ejemplo de David, se resume en una palabra: orar. Un deber que ya nos dicta la luz y la ley de la naturaleza, que nos habla de modo claro y alto: ¿No deben los hombres buscar a su Dios? Pero el Evangelio de Cristo aun nos da instrucciones más claras y nos anima a hacerlo mejor que la naturaleza; y es en su nombre que hemos de orar, y con su ayuda, y nos invita a presentarnos con confianza ante el trono de la gracia, y entrar en el lugar santísimo por la sangre de Jesús. Esta obra la hemos de hacer no solamente por la mañana, sino en todo momento; leemos de “predicar la palabra fuera de tiempo”, pero no leemos de “orar fuera de tiempo”, porque nunca es fuera de tiempo para orar; el trono de la gracia está siempre abierto y suplicantes humildes son recibidos siempre con una bienvenida, y no pueden presentarse a deshora.

Pero veamos en qué forma expresa aquí David su piadosa resolución de cumplir este deber. Oírás mi voz. La voz de David puede ser oída de dos maneras. O bien: Considera que será aceptado por Dios en su gracia. Oírás mi voz cuando por la mañana dirigiré a ti mi oración; éste es el lenguaje de la fe, fundado en la promesa de Dios de que su oído oirá siempre el clamor de su pueblo. David había orado (versículo 1): “Escucha, ¡oh!, Jehová, mis palabras”, y en el versículo 2: “Está atento a la voz de mi clamor”; y aquí hay una respuesta de aquella petición, la convicción de que “Oírás”. No tengo la menor duda de que la oírás; y aunque de momento no tengo una garantía concedida de la cosa que pido, con todo, estoy seguro de que mi oración será oída, aceptada y presentada, como ocurrió con la oración de Cornelio; es guardada,

catalogada, pero no olvidada. Si hemos mirado dentro y podemos decir por experiencia que Dios ha preparado nuestro corazón, podemos mirar hacia arriba y hacia delante y decir con confianza que Él nos oirá.

Podemos estar seguros de esto, y hemos de orar estando seguros de ello, en la plena seguridad de la fe, de que dondequiera que Dios halla un corazón que ora, este corazón hallará un Dios que escucha la oración, aunque sea en voz baja, o sea una voz débil; con todo, si procede de un corazón recto, es una voz que Dios escucha, que escuchará con placer, ya que el hacerlo es su deleite, y que le dará una respuesta; Él ha visto tus oraciones, ha visto tus lágrimas. Cuando, por tanto, estamos orando, éste es el terreno en que nos basamos, éste es el principio sobre el cual descansamos: nada de dudas, nada de vacilaciones, porque todo lo que pedimos a Dios como Padre, en el nombre de Jesucristo, el Mediador, según la voluntad de Dios revelada en la Escritura, nos será concedido, conforme a la petición, o, mejor aún, en su amor; ésta es la promesa de Juan 16:23, y la verdad de esta afirmación está sellada por la experiencia concurrente de los santos de todas las edades, desde los mismos principios en que los hombres empezaron a invocar el nombre del Señor, porque el Dios de Jacob no ha dicho nunca a la simiente de Jacob

“buscadme”, y los ha dejado buscar en vano, y no va a empezar ahora. Cuando nos acercamos a Dios en oración, si estamos bien con Él, podemos estar seguros de esto, que a pesar de la distancia entre el cielo y la tierra y nuestra falta de valor o indignidad total para que Él se ocupe de nosotros o nos muestre su favor, Dios escucha nuestra voz, y no se apartará de nuestra oración o de su misericordia.

Hay que entender esta expresión como que David le promete a Dios que esperará siempre en Él, en la forma que Él ha designado: “Oirás mi voz”, esto es: hablaré a ti, porque Tú has inclinado tu oído a mí muchas veces, por tanto, he tomado la resolución de clamar a ti en

todo momento, hasta el fin de mis días. No pasará un solo día que no me oigas. No que sea la voz en sí aquello que Dios considera, como parecen creer los que levantan su voz en alto en la oración (Isaías 58:4). Ana oró y prevaleció aun cuando no se podía oír su voz; es la voz del corazón la que se entiende aquí; Dios dijo a Moisés: “porque clamas a mí”, cuando no se nos dice que Moisés hubiera dicho una sola palabra. (Éxodo 14:15.) La oración es levantar el alma a Dios y derramar el corazón delante de Él; con todo, para la expresión de los afectos devotos del corazón por medio de las palabras necesarias para precisar los pensamientos y estimular los deseos, es conveniente presentarse delante de Dios, no sólo con el corazón puro, sino también con voz humilde; así que hemos de entreabrir los labios, pero no levantar la voz.

No obstante, Dios entiende el lenguaje del corazón, y éste es el lenguaje en el cual hemos de esperar en Dios; David ora aquí (versículo 1) no sólo pidiendo que Dios le escuche, sino que considere su meditación (Salmo 19:14): “Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti.”

Esto, pues, hemos de hacer en toda oración; hemos de hablar a Dios; hemos de escribirle; decimos que oímos de un amigo cuando recibimos carta de él; hemos de procurar que Dios nos oiga cada día.

Él lo espera y lo requiere. Aunque Él no tiene necesidad de nosotros o de nuestros servicios, ni puede sacar provecho de ellos; con todo, Él nos ha mandado que le ofrezcamos el sacrificio de oración y alabanza continuamente.

Así Él mantendrá su autoridad sobre nosotros y hará presente en nuestra mente nuestra sumisión a Él, algo que tenemos tendencia a olvidar. Él requiere que le prestemos nuestro homenaje solemnemente por medio de la oración, y que demos honor a su nombre, para que por medio de este acto y hecho nuestro, propio, repetido frecuentemente, cumplamos la obligación que tenemos de

observar sus estatutos y guardar sus leyes, y estar más y más atentos a las mismas. Él es tu Señor y tú le adoras para que por medio de la humilde adoración de sus perfecciones puedas llevar a cabo un humilde y constante cumplimiento de su voluntad que sea más fácil para ti. Al rendir obediencia aprendemos obediencia.

Así Él testificará su amor y compasión hacia nosotros. Ya habría sido una señalada prueba de su interés y afecto por nosotros el mero hecho de que hubiera dicho: Háblame cuando haya la oportunidad; llámame cuando te encuentres en apuros o necesidad y ya es bastante; pero para mostrar su complacencia en nosotros, como un padre con su hijo cuando le envía fuera de casa y nos encarga que le enviemos noticias nuestras cada día por cada correo, aunque no haya ningún asunto especial para discutir; lo que muestra que la oración del justo es su deleite; música a sus oídos, como Cristo dice a la paloma: “Muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz, porque dulce es tu voz y hermoso tu semblante.” (Cantares 2:14.) Y es a la esposa, la Iglesia, que Cristo habla al cerrar el Cantar de los Cantares: “¡Oh!, tú que habitas en los huertos; los compañeros prestan oído a tu voz, házmela oír.” (Capítulo 8:13.) ¡Qué vergüenza es para nosotros que Dios quiere que oremos a Él con más frecuencia de lo que nosotros estamos dispuestos a dejarle oír nuestra oración.

Tenemos algo que decir a Dios cada día. Muchos no se dan cuenta de esto, y esto es su pecado y su desgracia; viven sin Dios en el mundo, creen que pueden vivir sin Él, son insensibles a su dependencia, y por tanto, por su parte no tienen nada que decirle; Él ni tiene noticias de ellos, como no las tenía el padre del hijo pródigo cuando iba por el mundo por su cuenta. Preguntan con mofa qué es lo que puede hacer para ellos el Todopoderoso, y no es de extrañar que después de esto pregunten qué provecho les va a resultar de orar a Dios. Y el resultado es que dicen prácticamente al Todopoderoso que se aparte de ellos, con lo que están sellando su sentencia. Pero yo espero cosas mejores de vosotros, hermanos, y que vosotros no sois de los que han descartado todo temor y que

restringen su oración a Dios; vosotros estáis dispuestos a confesar que hay mucho que el Todopoderoso puede hacer por vosotros, y que hay provecho en orar a Dios, y habéis resuelto acercaros más a Dios para que Él se acerque a vosotros.

Tenemos algo que decir a Dios diariamente como amigo a quien amamos y con el cual tenemos franqueza. A un amigo así cuando pasamos cerca de su casa lo visitamos, y nunca nos hallamos sin tener algo que decirle, aunque no haya ningún asunto especial pendiente entre los dos; con un amigo así podemos derramar nuestro corazón, podemos profesarle nuestro afecto y estima, y le comunicamos nuestros pensamientos con placer; Abraham es llamado el amigo de Dios, y este honor es asimismo el de todos los santos, pues dijo Cristo: no os he llamado siervos, sino amigos. Él guarda su intimidad con los justos; nosotros somos invitados a familiarizarnos con Él, a andar con Él como un amigo anda con otro amigo; la comunión de los creyentes ha de ser con el Padre y con su Hijo, Jesucristo; y ¿no tenemos algo para decirle?

¿No es bastante ir al trono de su gracia para admirar sus infinitas perfecciones que nunca podemos comprender plenamente, y que nunca contemplaremos bastante y en las que nunca tendremos bastante complacencia? ¿O para complacernos en contemplar la hermosura del Señor y darle la gloria que debemos a su nombre? ¿No tenemos mucho que decirle en reconocimiento de su gracia condescendiente en favor de nosotros, al manifestarse a nosotros y no al mundo, y en la profesión de nuestro afecto y sumisión a Él: Señor, tú sabes todas las cosas, Tú sabes que te amo?

Dios tiene algo para decirnos como amigo, cada día, por medio de su Palabra escrita en la cual hemos de oír su voz; por medio de sus actos providentes y en nuestras conciencias, y Él escucha para ver si nosotros tenemos algo que decirle como respuesta, y es un acto hostil si no lo hacemos. Cuando Él nos dice: Buscad mi rostro, ¿no tendrían que contestar nuestros corazones como a alguien a quien amamos “Tu rostro buscaré, Señor”? Cuando nos dice: “Volved,

hijos descarriados”, ¿no deberíamos contestar inmediatamente: He aquí, hemos venido a ti, porque Tú eres nuestro Señor Dios? Si Él nos habla por medio de la reprimenda y nos redarguye, ¿no deberíamos contestarle por medio de la confesión y la sumisión?

Si nos habla por medio del consuelo, ¿no deberíamos contestarle con alabanza? Si amas a Dios no tienes por qué estar buscando algo que decirle, algo que tu corazón derrame delante de Él, pues Él ya lo ha puesto allí por su gracia.

Como amo a quien servimos y con el cual tenemos tratos. Piensa en los numerosos e importantes intereses que hay entre nosotros y Dios, y al instante reconocerás que tienes mucho de que hablarle. Estamos en dependencia constante de Él. Toda nuestra expectativa es en Él; tenemos tratos continuos con Él; “todas las cosas están desnudas y descubiertas a los ojos de aquel a quienes tenemos que dar cuenta”. (Hebreos 4:13.)

¿No sabemos que nuestra felicidad se halla entrelazada con su favor; que es vida, la vida de nuestras almas, mejor que la vida, que la vida de nuestros cuerpos? ¿Y no tenemos tratos con Dios para procurar conseguir su favor, para implorarlo en nuestro corazón, para pedirle que nos alumbre con la luz de su rostro, para rogarle por la justicia de Cristo, como el único medio por el cual tenemos esperanza de conseguir la benevolencia de Dios?

¿No sabemos que hemos ofendido a Dios, que por medio del pecado nos hemos hecho detestables y dignos de su ira y maldición, y que nuestra culpa va aumentando cada día? ¿No tenemos tratos suficientes con Él para confesarle nuestras faltas y locuras, para pedirle perdón por la sangre de Cristo, y en Él, que es nuestra paz, hacer nuestra paz con Dios, y renovar nuestro pacto con Él en su propia fuerza e irnos y no pecar más?

¿No sabemos que tenemos trabajo cada día para hacer por Dios, y para nuestras almas, la obra de cada día, que hay que hacer en su

día? ¿Y no tenemos tratos con Dios para pedirle que nos muestre lo que quiere que hagamos, que nos dirija en ello y nos fortalezca?
¿Para buscarle, para obtener ayuda y aceptación, para que obre en nosotros el querer y el hacer lo que es bueno, y luego, contemplar y reconocer su propia obra? Éstos son los asuntos sobre los cuales el siervo se relaciona con su amo.

¿No sabemos que estamos constantemente en peligro? Nuestros cuerpos lo están, y por consiguiente, nuestras vidas y bienestar. Estamos rodeados continuamente de enfermedades y de muerte, cuyas saetas vuelan de día y de noche; ¿y no tenemos nada de que hablar con Dios cuando entramos y salimos, al estar acostados o al levantarnos, para ponernos bajo la protección de su providencia, para estar bajo el cuidado de sus santos ángeles? Nuestras almas están aún más en peligro, pues es contra ellas que nuestro sutil y fuerte adversario, el diablo, está haciendo guerra, y procura devorarnos; ¿y no tenemos tratos con Dios para que nos ponga bajo la protección de su gracia, que nos revista de su armadura para que podamos resistir las acechanzas y violencias de Satán, para que no nos sorprenda y caigamos en pecado, en una tentación súbita en que consiga derrotarnos y someternos?

¿No sabemos que estamos muriendo cada día, que la muerte obra en nosotros, acercándose nos apresuradamente, y que la muerte nos lleva al juicio, y el juicio a nuestro estado eterno? ¿Y no tenemos nada de que hablar con Dios en preparación para lo que tenemos delante?

¿No le pediremos al Señor que nos haga conocer nuestro fin?
¡Señor, enséñanos a contar nuestros días! ¿No tenemos tratos con Dios, nuestro juez, para evitar el juicio y procurar enderezar nuestros asuntos?

¿No sabemos que somos miembros del cuerpo del cual Cristo es la cabeza; y no nos preocupa el ser aprobado como miembros vivos?
¿No tenemos nada que ver con Dios a fin de hacer intercesión por

su iglesia? ¿No tenemos nada que decir en favor de Sión? ¿Nada para la paz y bienestar de la tierra en que hemos nacido? ¿No somos de la familia, en estado de infancia quizá, para que nos preocupemos de sus asuntos?

¿No tenemos parientes, amigos a quienes queremos entrañablemente y cuyos gozos y penas deseamos compartir? ¿Y no tenemos quejas que presentar o peticiones para hacerle conocer? ¿No estamos enfermos o afligidos? ¿Ninguno es tentado o se siente desconsolado? ¿Y no tenemos mensajes para enviar al trono de la gracia para pedir el oportuno socorro?

Ahora pon todo esto junto, y luego considera si tienes o no algo que decir a Dios cada día; y particularmente en días de tribulación, cuando es saludable que le digas al Señor: he aceptado y llevado tu disciplina, y si tienes algún sentido de las cosas, le dirás a Dios que no te condene.

Si tienes todo esto para decirle a Dios, ¿qué es lo que te impide decírselo? ¿Por qué no dejarle que escuche nuestra voz, cuando tenemos tantos recados para darle?

La distancia no tiene por qué ser un obstáculo para que se lo digas. Tienes deseos de hablar con un amigo, pero resulta que está a gran distancia; no puedes ponerte en contacto con él, ni recibir una carta suya, y, por tanto, no tenéis oportunidad de entrar en tratos; pero la distancia no te impide hablar con Dios, porque aunque es verdad que Dios está en el cielo y nosotros en la tierra, con todo, Él está siempre cerca de su pueblo que ora, porque Él escucha su voz dondequiera que los suyos se encuentren. “De lo profundo, a ti clamó”, dijo David en el Salmo 130:1. “Desde el confín de la tierra clamaré a ti, cuando mi corazón desmaye.” (Salmo 61:2.)

“Desde el seno del Seol clamé, y oíste mi voz”, dijo Jonás (Jonás 2:2). En todas partes podemos hallar el camino abierto hacia el cielo; gracias a Aquel que con su sangre ha consagrado para

nosotros un camino nuevo y vivo hasta el Santísimo, y ha resuelto las diferencias entre el cielo y la tierra.

Que no te venza el temor y por ello dejes de decir a Dios lo que debes decirle. Es posible que tengas tratos con un hombre importante, pero este hombre está muy por encima de ti, y es tan riguroso y severo hacia sus inferiores que tienes miedo de hablarle, y no tienes a nadie que te presente, o le diga unas palabras en favor tuyo, y por ello decides dar tu causa por perdida; pero no hay ninguna razón para que te sientas desanimado así al hablar con Dios; puedes acudir con confianza al trono de su gracia, puedes tener, libertad de palabra, permiso para derramar tu alma. Y tales son sus misericordias a los que humildemente imploran a Él, que no tienen por qué sentir terror de Él. Es contra la mentalidad de Dios que te sientes amedrentado; Él quiere que tengas confianza, que os animéis los unos a los otros, porque no habéis recibido el espíritu de ser-vidumbre para que tengáis miedo, sino el espíritu de adopción, por el cual somos introducidos a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Y esto no es todo aún: tenemos a Uno que nos introduce, y que habla por nosotros; un abogado para con el Padre.

¿Necesitaron nunca un abogado los hijos en los tratos con su padre? Pero para que por medio de estas dos cosas podamos tener una mayor consolación, no sólo tenemos con Él la relación de un padre, de la que dependemos, sino que además disfrutamos del favor e intercesión de un abogado, un Sumo Sacerdote en la casa de Dios, en cuyo nombre tenemos acceso con confianza.

Que el hecho de que Él ya sabe de qué asunto quieres tratar con Él y lo que tienes para decirle no te sea un estorbo. Tú ya tienes tratos con este Amigo, pero piensas que no tienes de qué preocuparte porque Él ya está enterado de tus cosas; Él ya sabe lo que quieres y lo que deseas, y por tanto, no hay nada de que tengáis que hablar. Es verdad que todo tu deseo está delante de Dios; Él conoce tus necesidades y cargas, pero Él quiere conocerlas de ti; Él ha prometido ayudarte, pero su promesa ha de recibir un cauce, y como vemos de la casa de Israel:

“Seré solicitado para hacerles esto, multiplicaré los hombres como se multiplican los rebaños.” (Ezequiel 36:37.) Aunque no podemos darle nueva información con nuestras oraciones, le damos honor. Es verdad que nada de lo que podamos decir va a influir en Él, o será necesario para moverle a que nos muestre misericordia, pero lo que decimos puede tener una influencia en nosotros mismos y ayudarnos a estar en un estado receptivo en que recibamos la misericordia. Es una condición fácil y razonable para que nos dé sus favores: “Pedid y recibiréis.” Fue para enseñarnos la necesidad de orar para recibir su favor, que Cristo hizo esta extraña pregunta a los ciegos: “¿Qué queréis que os haga?” Él sabía lo que querían, pero los que quieren recibir sus favores tienen que estar dispuestos a decirles cuál es su petición.

Que ningún otro asunto te impida decirle a Dios lo que tienes que decirle. Quizá tenemos negocios de que tratar con un amigo, pero no podemos hacerlo porque no tenemos tiempo; tenemos otra cosa que hacer que es más necesaria, pero no podemos decir lo mismo de Dios, porque no hay la menor duda de que aquello que tenemos con Él es lo más necesario, ante lo cual toda otra cosa tiene que ceder. No es necesario para nuestra felicidad que seamos importantes en el mundo o que alcancemos grandes posesiones, pero es absolutamente necesario que hagamos la paz con Dios, que consigamos su favor y nos mantengamos en su amor. Por tanto, no hay asunto en este mundo que pueda ser excusa de que no estemos atentos a Dios, sino al contrario; cuanto más importante sea el negocio que tengamos con el mundo, más necesario nos es dirigirnos a Dios por medio de la oración para tener su bendición y tenerle a Él con nosotros. Cuanto más cerca permanezcamos de la oración, y de Dios en oración, más prosperarán nuestros asuntos.

Quisiera persuadirlos ahora de que Dios ha de oír con frecuencia vuestra voz; “oíste mi grito; no cierres tu oído a mi grito de socorro”. (Lamentaciones 3:56.) Éste es un signo de vida, aunque se “trate de gemidos indecibles” (Romanos 8:26). Háblele, aunque sea en un lenguaje entrecortado, como el de Ezequías: “Como la grulla y la

golondrina me quejaba, gemía como paloma.” (Isaías 38:14.)
Habíale con frecuencia, Él siempre está escuchando. Escúchale cuando Él te habla, presta atención a todo lo que te dice: Como cuando escribes la respuesta a una carta de negocios, la pones delante de ti; la Palabra de Dios tiene que ser la guía a tus deseos, y no esperes que te escuche si tú haces oídos sordos a lo que Él te dice.

Procura, pues, tener ocasiones frecuentes para hablar con Dios, y ten interés en que aumente tu amistad con él, procurando no hacer nada que le desagrade; y refuerza tu interés en el Señor Jesús, ya que sólo por medio de Él tienes acceso con confianza delante de Dios. Mantén tu voz afinada para la oración y que tu lenguaje sea puro, para que sea apto para invocar el nombre de Jehová. (Sofonías 3:9.) Y en toda oración recuerda que estás hablando a Dios, y deja claro que sientes reverencia y temor en tu espíritu; no te apresures con la boca, cuando hables delante de Dios, sino que toda palabra sea bien ponderada, porque Dios está en el cielo, y nosotros en la tierra. (Eclesiastés 5:2.) Y si Él no nos hubiera invitado y animado a hacerlo, habría sido una presunción incalificable que humildes gusanos pecadores como somos nosotros nos hubiéramos atrevido a hablar al Señor de la gloria. (Génesis 18:27.) Y procuremos hablarle con el corazón, con sinceridad, porque es por nuestras vidas y la vida de nuestras almas que estamos hablando delante de Él.

Hemos de dirigir nuestra oración a Dios. No sólo tiene que oír El nuestra voz, sino que hemos de dirigirnos a Él de modo mesurado y cuidadoso. “A Ti, ¡oh, Jehová!, levantaré mi alma.” (Salmo 25:1.) “Dirigiré a Ti mis afectos; habiendo puesto mi amor en Ti, a Ti lo dirigiré.” En el original dice sólo: “A Ti me dirigiré”, pero la traducción dice muy bien: “A Ti,

¡oh, Jehová!, levantaré mi alma: dirigiré mi oración.” Esto es:

Cuando oro a Ti te dirijo mis oraciones; y concentro en ello mis pensamientos, aplico mi alma asiduamente al deber de la oración. Hemos de hacerlo de modo solemne; como aquellos que tienen algo de gran importancia en su corazón, que para ellos es de valor, y no lo tratan a la ligera. Cuando voy a orar, no debo ofrecer el sacrificio de los necios, que no piensan en lo que van a hacer o lo que han de sacar de ello, sino que he de decir las palabras de los sabios, que tienen un objetivo recto y claro en lo que dicen, y adaptan lo que dicen bien a él; nosotros hemos de tener como propósito la gloria de Dios y nuestra verdadera felicidad; y el pacto de la gracia está tan bien ordenado que Dios se ha complacido en unir sus intereses a los nuestros, de modo que al buscar su gloria real y efectivamente, buscamos nuestros verdaderos intereses. Esto es dirigir la oración como el que dispara una saeta al blanco directamente, y está apuntando con el ojo fijo y el pulso seguro. Esto es ocupar nuestro corazón en Dios a fin de desprenderlo de todo lo demás. El que toma la mira con un ojo, cierra el otro; el que quiere dirigir una oración a Dios tiene que descartar las otras cosas, tiene que recoger sus pensamientos sueltos, congregarlos y prestar atención, porque orar es trabajo que los necesita todos y es digno de todos; así que hemos de poder decir con el salmista: “Oh, Dios, mi corazón está fijo, mi corazón está fijo.”

Cuando dirijo mi oración, la dirigiré a Ti. Y así, la oración manifiesta:

La sinceridad de nuestra intención habitual en la oración. No hemos de hacer nuestra oración pensando en los hombres, para poder recibir alabanza y aplauso de ellos, como hacían los fariseos, que ostentaban sus devociones y hacían limosnas con miras a ganarse una buena reputación; verdaderamente ya tienen una recompensa; los hombres los alaban aquí, pero Dios aborrece su orgullo e hipocresía. No tenemos que dejar nuestras oraciones inespecíficas de un modo general, como los que decían: ¿Quién nos va a favorecer en algo? Ni hemos de dirigir las al mundo, festejando sus sonrisas, persiguiendo la riqueza, como aquellos de los que se dice que no claman a Dios en sus corazones, sino que se congregan

para el trigo y para el mosto. (Oseas 7:14.) Que el resorte y centro de nuestras oraciones no sea el yo, el yo carnal, sino Dios; que el ojo del alma esté fijo en El como su objetivo más elevado, y se aplique a Él; que ésta sea la disposición habitual de nuestra alma; el glorificar su nombre y darle alabanza; que éste sea el intento de tus deseos, que Dios sea glorificado y que esto los dirija, determine, santifique y si es necesario los domine. Nuestro Señor nos enseñó esto claramente en la primera petición de la oración dominical: Padre nuestro, santificado sea tu nombre. Éste es nuestro objetivo y las demás cosas son deseadas con miras al cumplimiento de este objetivo; la oración es dirigida a la gloria de Dios, en todo aquello en lo que Él nos ha dado a conocer de sí mismo: la gloria de su santidad.

Es con miras a la santificación de su nombre que deseamos que venga su reino, que se haga su voluntad, y que seamos alimentados, guardados y perdonados. El que la gloria de Dios sea nuestro objetivo habitual, da por resultado la sinceridad que es nuestra perfección evangélica. Todo el ojo todo el cuerpo, y también el alma están llenos de luz. Por ello la oración es dirigida a Dios.

Manifiesta la firmeza de nuestra consideración a Dios en la oración. Hemos de dirigir nuestra oración a Dios, esto es, hemos de pensar continuamente en Él como Aquel con quien tenemos tratos en oración. Hemos de dirigirle nuestra oración, como dirigimos nuestras palabras a la persona con la cual tratamos. La Biblia es una carta que Dios nos ha enviado; la oración es una carta que nosotros le enviamos a Él; ahora bien, ya sabéis que es esencial que una carta tenga dirección, y es necesario que esté bien dirigida; si no es así, corre peligro de perderse, lo cual puede ser de graves consecuencias; vosotros oráis cada día, y con ello enviáis cartas a Dios; si se pierden estas cartas es difícil evaluar la pérdida; es, pues, necesario que la oración sea dirigida a Él. ¿Cómo?

Llámale con sus títulos, como cuando te diriges a una persona de honor; dirígete a Él como el gran Jehová, Dios sobre todas las

cosas, bendito para siempre; rey de reyes, y señor de señores: como Dios de misericordia; que tu corazón y tu boca estén llenos de santa adoración y admiración a Él, y usa los títulos más apropiados para producir santo temor y reverencia en tu mente. Dirige tus oraciones a Él como el Dios de la gloria, cuya majestad es indescriptible, y cuya grandeza no puede ser escudriñada, para que no te atrevas a faltarle o tratarle con ligereza en lo que le dices.

No te olvides de cuál es tu relación con Él, como hijo suyo, y no pierdas esto de vista en la tremenda adoración de su gloria. Se me ha dicho de un buen hombre que escribía un diario de sus experiencias, y que entre ellas se hallan las siguientes: con ocasión de su oración en privado, su corazón, al principio de su deber, sentía la necesidad de dar a Dios títulos sobrecogedores y tremendos, y le llamaba Poderoso, Terrible, pero más adelante él mismo se dijo: ¿y por qué no llamarle también Padre? Cristo, tanto en precepto como en ejemplo, nos enseñó a dirigirnos a Dios como nuestro Padre, y el espíritu de adopción nos enseña a clamar: “Abba, Padre”; un hijo, aunque sea pródigo, cuando se arrepiente y regresa, puede ir a su padre y decirle: “Padre, he pecado; ya no soy digno de ser llamado tu hijo”, pero, con todo, se atreve a llamarle padre. Cuando Efraín se queja de que, como novillo indómito, fue castigado, Dios dice de él: “Hijo predilecto, niño mimado” (Jeremías 31:18, 20), y si Dios no se avergüenza de llamarle hijo, bien podemos nosotros llamarle Padre.

Dirige tu oración a Dios en el cielo. Esto nos lo ha enseñado nuestro Salvador al comienzo de la oración dominical: “Padre nuestro que estás en los cielos.” No que se halle confinado en los cielos, ni se trata si el cielo o el cielo de los cielos le contiene, sino que se nos dice que allí ha preparado su trono, no sólo el de gobierno por medio del cual su reino rige sobre todos, sino su trono de gracia, al cual hemos de allegarnos por medio de la fe. Tenemos que verles como el Dios en los cielos, en oposiciones a los dioses de los paganos que habitan en templos hechos de manos. Los cielos son un alto lugar, y hemos de dirigirnos a Él como a un Dios infinitamente por encima de nosotros; Él es el origen de la luz, y a Él

hemos de dirigirnos como el Padre de las luces; el cielo es un punto para observar, y hemos de ver sus ojos sobre nosotros, contemplando a todos los hijos de los hombres; es un lugar de pureza, y hemos de ver a Dios en oración, como un Dios santo, y darle gracias al recordar su santidad; es el firmamento de su poder, y hemos de depender de Él, ya que es a Él que pertenece el poder. Cuando nuestro Señor Jesús oraba, dirigía sus ojos al cielo, para indicarnos a nosotros de dónde esperar las bendiciones que necesitamos.

Envía esta carta, o sea la oración, a través del Señor Jesús, el único Mediador entre Dios y los hombres. La carta se va a perder si no la pones en sus manos. Él es el “ángel” que pone mucho incienso en las oraciones de los santos, y así perfumadas las presenta al Padre, según vemos en Apocalipsis 8:3. Lo que pedimos al Padre debemos pedirlo en su nombre; lo que esperamos del Padre debe ser a través de su mano, porque Él es el Sumo Sacerdote de nuestra profesión; el que es ordenado para que los hombres entreguen sus ofrendas a través de Él. (Hebreos 5:1.) Deja la carta en su mano, y Él la entregará, y hará nuestro servicio aceptable.

Hemos de mirar hacia arriba, esto es, hemos de mirar hacia arriba en nuestras oraciones, como quienes hablan a un superior, alguien que está infinitamente más arriba, el alto y santo que habita en la eternidad; como los que esperan que todo don perfecto y bueno venga de arriba, del Padre de las luces; como los que desean en oración entrar en el lugar santísimo y acercarse con corazón verdadero. Con una mirada de fe hemos de mirar por encima del mundo y todo lo que hay en él hemos de mirar más allá de las cosas del tiempo; ¿qué es este mundo y todas las cosas de aquí abajo, al que sabe dar su valor adecuado a las bendiciones espirituales, en las cosas celestiales, por Jesucristo? El espíritu del hombre, al morir, va hacia arriba (Eclesiastés 3:21), porque vuelve al Dios que lo dio, y por tanto, conforme a su origen, tiene que mirar hacia arriba en toda oración, pues ha puesto sus afectos en las cosas de arriba, y allí es donde ha depositado su tesoro.

Por tanto, elevemos nuestros corazones y nuestras manos, en oración, al Dios de los cielos. (Lamentaciones 3:14.) Antiguamente era costumbre en algunas iglesias que el ministro estimulara al pueblo a la oración por medio de las palabras (arriba los corazones); “a Ti, ¡oh, Señor!, elevamos nuestras almas”.

Hemos de mirar hacia arriba después de nuestras oraciones:

Con ojo de satisfacción y de complacencia. El mirar hacia arriba es una señal de contento, como el mirar hacia abajo es una señal de melancolía. Hemos de mirar hacia arriba, ya que habiéndonos encomendado en oración a Dios estamos tranquilos y hemos puesto nuestra confianza entera en su sabiduría y bondad, y esperamos pacientemente el resultado. Ana, después de orar, miró hacia arriba con aspecto satisfecho; siguió su camino, y comió, y su rostro ya no estuvo triste (1.a Samuel 1:18). La oración da tranquilidad al corazón del buen cristiano y cuando hemos orado deberíamos mostrar que la tenemos.

Con un ojo observador, por ver lo que Dios nos da como resultado de ellas. Hemos de mirar arriba como el que ha disparado una flecha y trata de ver cuan cerca del blanco ha dado; hemos de mirar dentro de nosotros y observar el estado de nuestro espíritu después de haber estado en oración, para ver lo satisfechos que estamos en la voluntad de Dios, y lo dispuestos que nos hallamos a acomodarnos a ella; hemos de mirar alrededor y observar cómo obra la providencia en nuestras cosas para que, si nuestras oraciones son contestadas, podamos regresar para dar gracias; si no es así podemos eliminar aquello que impide la respuesta y seguir esperando. Así que hemos de subir a nuestra atalaya para observar lo que Dios nos dice (Hebreos 2:1), y estar dispuestos a escucharle (Salmo 85:8), esperando que Dios nos dará una respuesta de paz, y hacer la resolución de no volver más a aquel error. Por ello tenemos que mantenernos en comunión con Dios, esperando que siempre

que elevemos nuestro corazón a Él, Él reflejará la luz de su rostro sobre nosotros. Algunas veces la respuesta viene rápidamente: mientras estamos aún hablando ya se oye la voz; mucho más rápido que nuestros mensajeros o correos, pero si no es así, cuando hemos orado tenemos que esperar.

Aprendamos, pues, a dirigir propiamente nuestras oraciones, y miremos hacia arriba para saber bien lo que quiere Dios en todo deber, para hacerlo con celo, pues si no tiene muy poco valor lo que hacemos. No adoremos en el patio exterior cuando se nos manda y estimula a que entremos dentro del velo.

Veamos ahora lo segundo, o sea el tiempo. El tiempo particular establecido en el texto para esta buena obra, es la mañana, y el salmista parece hacer énfasis sobre esto: por la mañana, y aún lo repite, por la mañana; no sólo esto, sino que insiste: De mañana me presentaré delante de Ti y esperaré. Cuando Israel estaba bajo la ley, sabemos que cada mañana se ofrecía un cordero en sacrificio (Éxodo 29:39), y cada mañana el sacerdote quemaba incienso (Éxodo 30:7), y los cantores estaban allí cada mañana para dar gracias al Señor (1.a Crónicas 23:10). Y también fue establecido éste en el templo, en días de Ezequiel (46:13, 14, 15), por medio de lo cual se dejaba ver bien claro que los sacrificios espirituales tenían que ser ofrecidos por sacerdotes espirituales, cada mañana, tan seguro como la llegada de esta misma mañana. Cada cristiano debería orar en secreto y cada padre de familia con los suyos, mañana tras mañana, y hay buenas razones para ello.

La mañana es la primera parte del día, y es apropiado que Él, que es el primero, tenga lo primero y sea servido antes. Los paganos decían: “todo lo que hagas empíezalo con Dios”. El mundo tuvo su comienzo de Él, nosotros tuvimos el nuestro también, y todo lo que empecemos tenemos que hacerlo contando con Él. Los días de nuestra vida, tan pronto como se levanta el sol de la razón en nuestra alma, deben ser dedicados a Dios, y empleados en su servicio. Desde el amanecer deja a Cristo que tenga el rocío de la

juventud (Salmo 110:3). Las primicias siempre fueron para el Señor, y también los primogénitos del rebaño. En la oración de la mañana y de la tarde damos gloria a Aquel que es el Alfa y la Omega, el primero y el último; con Él hemos de empezar y terminar el día, empezar y terminar la noche; Él es el principio y el fin, la primera causa y la última.

La sabiduría dijo: Los que me buscan me hallarán pronto en sus vidas, temprano en el día, porque así damos a Dios lo que debe tener, la preferencia sobre todas las cosas. Por ello mostramos que nos preocupamos de agradarle y de merecer su aprobación y que le buscamos con diligencia.

Lo que hacemos con diligencia nos dice la Escritura que lo hacemos temprano (véase Salmo 101:8). Los hombres activos se levantan temprano. David expresó la fuerza y el calor de su devoción cuando dijo: ¡Oh, Dios! Tú eres mi Dios; de madrugada te buscaré. (Salmo 63:1.)

Por la mañana nos sentimos renovados y en el mejor estado de ánimo. Nuestros espíritus han sido avivados por el descanso y sueño de la noche, y vivimos una especie de vida nueva, y las fatigas del día anterior han sido olvidadas. El Dios de Israel no duerme ni dormita; con todo, cuando se esfuerza en favor de su pueblo se nos dice: “Despertó el Señor como si se hubiese dormido.” (Salmo 78:65.) Si en algún momento somos buenos para algo, es por la mañana, y por ello se hizo el proverbio: “Aurora Musís Árnica”; y si la mañana es amiga de las musas, estoy seguro de que no lo es menos de las gracias. Del mismo modo que el que es primero debe tener lo primero, así el que es mejor debe tener lo mejor; y por ello, cuando somos más aptos para las actividades, debemos dedicarnos a lo que es más importante.

El adorar a Dios es obra que requiere las mejores potencias del alma, cuando están en mejores condiciones; ¿y en qué pueden estar mejor ocupadas o dar de sí más buena cuenta? “Que todo lo

que hay en mí bendiga su santo nombre”, dijo David, y todo aún no es bastante. Si tenemos algún don por el cual podemos honrar a Dios, la hora de la mañana es la más apropiada para usarlo (2.a Timoteo 1:6), cuando nuestros espíritus están frescos, y hemos ganado nuevo vigor. “Despierta, alma mía; despierta, salterio y arpa; yo despertaré a la aurora.” (Salmo 57:8.) Así que avivémonos para echar mano de Dios.

Por la mañana estamos más libres de compañía y de negocios, y, generalmente, tenemos la mejor oportunidad para la soledad y el retiro, a menos que seamos de aquellos perezosos que se quedan en la cama aunque tengan poco sueño: ¿hasta cuándo vas a dormir, oh, perezoso? Aquellos que tienen mucho que hacer en el mundo, que apenas tienen un minuto para ellos mismos durante el día, obran sabiamente al tomar por la mañana un rato, antes de que los absorba la multitud de negocios, para los asuntos de su religión, para poder dedicarse totalmente a ella, pues es cuando están más alertas y dispuestos.

Cuando nos disponemos a adorar a Dios, hemos de estar lo menos posible inertes por dentro y expuestos a distracciones por fuera. El apóstol insiste en que hemos de vernos libres de distracciones y que esto facilita nuestro trato asiduo con el Señor (1.a Corintios 7:35). Y por tanto, un día de cada siete (y éste es el primer día también, el día del Señor, la mañana de la semana) está designado para ser el día de descanso de todo trabajo. Abraham lo dejó todo en la falda de la montaña y subió a adorar a Dios. Por la mañana, por tanto, tengamos nuestros tratos con Dios y dediquémonos a los asuntos de la otra vida, antes de que nos veamos envueltos por los asuntos de ésta. Nuestro Señor Jesús nos dio ejemplo de esto, ya que como tenía el día lleno de actividades públicas para Dios y las almas de los hombres, se levantaba muy de mañana, y antes de que llegara nadie, se iba a orar a un lugar solitario. (Marcos 1:35.)

Por la mañana hemos recibido nuevas misericordias de Dios que deseamos reconocer con agradecimiento y alabanza.

Él está haciéndonos bien y enviándonos sus beneficios continuamente. Cada día tenemos razones para bendecirle, porque Él nos bendice cada día; por la mañana de un modo particular, pues es cuando nos envía los frutos de su favor, que se nos dice que son nuevos cada mañana (Lamentaciones 3:23). Son nuevos porque aunque son los mismos que recibimos la mañana anterior, todavía son necesarios, y por ello podemos decir que son nuevos; por ello debemos repetir las expresiones de nuestra gratitud a Él y el afecto de devoción que, como el fuego del altar, debe ser renovado cada mañana. (Levítico 6:12.)

¿Hemos pasado una buena noche, y no tenemos un mensaje para enviar al trono de la gracia en agradecimiento? ¿Cuántas mercedes son necesarias para hacer una noche buena? Estas son mercedes dignas de nota que nos han sido concedidas a nosotros, pero negadas a otros; muchos no han tenido un lugar donde reclinar su cabeza; nuestro Maestro no lo tenía; las zorras tienen sus madrigueras y los pájaros sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tenía donde reclinar su cabeza; pero nosotros tenemos casas en donde resguardarnos, habitaciones tranquilas y apacibles, quizás, incluso, señoriales; tenemos camas en que echarnos, calientes y cómodas, y nos vemos obligados a vagar por desiertos y montañas, cavernas y escondrijos de la tierra, como se han visto obligados a hacer muchos de los mejores santos de Dios, de los cuales el mundo no era digno. Muchos tienen camas en que yacer, pero no se atreven a hacerlo, o no pueden hacerlo, pues les priva de ello la enfermedad de algún amigo o el temor que les inspiran sus enemigos. Pero nosotros hemos dormido y nadie nos ha aterrorizado, no ha habido alarma a causa de la espada, ni guerra ni persecución. Muchos se echan, pero no pueden dormir, sino que pasan la noche inquietos, revolviéndose de un sitio a otro hasta la madrugada, sea por dolor del cuerpo o ansiedad de la mente. Pasan noches de angustias en que no pueden pegar ojo; pero nosotros nos acostamos y hemos dormido sin ser perturbados, y nuestro sueño ha sido tranquilo y renovador, un paréntesis agradable entre nuestras ocupaciones y cuidados; es Dios el que nos ha dado el

sueño, nos lo ha dado como lo da a aquellos a quienes ama. Muchos se echan para descansar y duermen, pero ya no se despiertan; duermen el sueño de la muerte, y sus camas son sus tumbas; pero nosotros hemos dormido y nos hemos despertado otra vez, descansados y refrescados; abrimos los ojos y vimos que todo era igual que antes, porque el Señor nos ha sostenido, y si El no lo hubiera hecho nos habríamos hundido con nuestro propio peso cuando nos dormimos (Salmo 3:5).

¿Tenemos una mañana agradable? ¿Es la luz dulce para nosotros; la luz del sol, la luz de los ojos, nos regocija esto el corazón? ¿Y no deberíamos confesar nuestras obligaciones a Aquel que nos abre los ojos, y abre nuestros párpados por la mañana? ¿Tenemos vestidos para ponernos por la mañana, vestidos que nos calientan? (Job 37:17.) ¿Cambias tu vestido no por necesidad solamente, sino como adorno? Estos vestidos los tenemos de Dios; es su lana, su lino, que Él nos da para cubrir nuestra desnudez, y por la mañana, cuando nos vestimos, es el tiempo apropiado para darle las gracias por ellos; con todo, dudo de que lo hagamos con tanta regularidad como cuando nos sentamos a la mesa y damos las gracias por la comida, por más que tengamos las mismas razones para hacerlo. ¿Nos hallamos en salud y ágiles? ¿Hace tiempo que nos sentimos así? ¿No deberíamos estar agradecidos por esta constante serie de misericordias, como por los casos especiales de ellas, especialmente cuando consideramos cuántos hay enfermos y en dolor, y que nosotros podríamos hallarnos también así?

Quizás hemos experimentado alguna misericordia especial para nosotros mismos o nuestras familias, al ser preservados de un incendio o de ladrones, de peligros que ni aun conocíamos, algunos invisibles; quizás “el lloro duró una noche, pero con la mañana vino el gozo”, y esto nos invita a reconocer la bondad de Dios. El ángel destructor se ha mostrado activo, y como saeta que vuela a medianoche ha tocado otras ventanas, pero por nuestras casas ha pasado de largo, gracias a Dios, porque la sangre del pacto había rociado nuestros postes, y por la ministración de los buenos ángeles

hemos sido preservados de la malicia de los ángeles malos, los príncipes de las tinieblas de este mundo que se arrastran como animales de presa al amparo de la oscuridad. ¡Toda la gloria sea a los ángeles de Dios!

Por la mañana tenemos nuevo material que nos es suministrado para adorar la grandeza y la gloria de Dios. Es verdad que debemos tomar buena nota de los abundantes dones recibidos de Dios de que disfrutamos, pero las almas que limitan su reconocimiento a los bienes recibidos son muy estrechas y encogidas; nosotros hemos de observar los ejemplos que despliegan de modo inefable su poder en el reino de la providencia, que redundan en su honor y en el bien común del universo. El salmo 19 parece haber sido una meditación matutina en la cual se nos dirige a observar cómo los cielos declaran la gloria de Dios, y la expansión denuncia la obra de sus manos; se nos hace notar en él no sólo las ventajas que recibimos de su luz e influencia, sino el honor que hacen a Aquel que extendió los cielos como una cortina, estableció sus pilastras, y determinó sus ordenanzas, que aún siguen, pues todas las criaturas son sus siervos. Un día comunica el mensaje a otro día, y una noche a la otra noche declara la noticia, a saber, el conocimiento del poder eterno de la Divinidad del Gran Creador del mundo, el que lo rige. La sucesión invariable de tinieblas y luz en sus revoluciones, según las órdenes recibidas para que se alternaran regularmente, tiene que servir para confirmar nuestra fe en esta parte de la revelación divina que es la historia de la creación, y es la promesa de Dios a Noé y a sus hijos (Génesis 8:22), su pacto con el día y con la noche (Jeremías 33:20).

Mira por la mañana y ve con qué exactitud la aurora conoce su lugar y su tiempo, y cómo los observa fiel, y cómo la luz de la mañana alcanza los cabos de la tierra. Oí decir a un anciano ministro recientemente: “¡Cuántos millares de millas ha viajado el sol durante la noche para traernos la luz de la mañana a nosotros, miserables desgraciados, para que no nos quedáramos enterrados por la oscuridad de la noche!” Mira, ve el sol, como un esposo que sale de

su tálamo, que se alegra cual atleta corriendo su carrera, observa lo brillantes que son sus rayos, cuan dulces sus sonrisas, cuan fuerte su influencia. Y si no hay lenguaje o tribu que no pueda captar la voz de estos predicadores naturales que proclaman la gloria a Dios, es lástima que haya algunas lenguas en que no se oiga la voz de los adoradores de Dios haciéndose eco al canto de estos predicadores naturales, y adscribiendo gloria a Aquel que hace que la mañana y la noche se regocijen: Pero hagan lo que quieran los demás, y que Dios oiga nuestra voz por la mañana, y por la mañana dirijámosle nuestras alabanzas.

Por la mañana tenemos o deberíamos tener nuevos pensamientos sobre Dios y meditación dulce en su nombre, y tendríamos que ofrecérselos en oración. Conforme al ejemplo de David,

¿Hemos venido recordando a Dios en nuestra cama, y meditando durante las noches de vela?

¿Podemos decir, cuando nos levantamos, todavía estoy con Dios? Si es así, tenemos algo que llevar al trono de la gracia con las palabras de nuestra boca para ofrecer a Dios las meditaciones de nuestro corazón, y esto será para Él un sacrificio de olor suave. Si el corazón ha estado puliendo un bello canto, que nuestra lengua lo recite al Rey, nuestro Dios. (Salmo 45:1.)

Tenemos la palabra de Dios con la cual conversar, y tendríamos que leer de ella una porción cada mañana: por medio de ella Dios nos habla, y en ella tendríamos que meditar de día y de noche; si lo hacemos, nos enviará al trono de la gracia, y nos proveerá buenos mensajes para entregar allí. Si Dios, por la mañana, con su gracia, nos dirige su palabra, de modo que nos llegue al corazón, esto dará por resultado que dirijamos nuestra oración a Él.

Por la mañana es más que probable que tengamos causa para reflexionar sobre los muchos pensamientos vanos y pecaminosos en que nuestra mente se ha ocupado durante la noche, y a causa de

esto es necesario que nos dirijamos a Dios en oración por la mañana, pidiendo perdón por ellos. Las palabras de la oración dominical parecen apropiadas de modo especial para la mañana, porque nos enseñan a pedir nuestro pan cotidiano, y también hemos de pedir: Padre, perdónanos nuestras deudas, porque como en el apresuramiento del día incurrimos en culpa por nuestras palabras y acciones irregulares, lo mismo hacemos en la soledad de la noche, a causa de nuestra imaginación corrompida y nuestra fantasía sin gobierno y no santificada. Es cierto, el pensamiento del necio es pecado. (Proverbios 24:9.) Los pensamientos necios son pecaminosos, y ¡cuántos de estos vanos pensamientos se alojan dentro de nosotros!; su nombre es legión, pues son muchos. ¿Quién puede entender estos errores? Son más numerosos que los cabellos de nuestra cabeza. Leemos de algunos que imaginan el mal en sus camas y cuando llega la mañana lo practican. (Miqueas 2:1.) ¡Con qué frecuencia, por la noche, la mente se inquieta y desconfía con dudas y preocupaciones, pensamientos ambiciosos, contaminados, livianos, impertinentes, instigados y fermentados por la malicia y la venganza, y, en todo caso, muy lejos de la piedad debida. Del corazón proceden los malos pensamientos que hay en nosotros, y por todas partes los llevamos, porque su fuente está en nosotros y fluye de modo natural. Sí, en la multitud de sueños y desvaríos, como en las muchas palabras, hay mucha vanidad. (Eclesiastés 5:2.)

¿Y nos atrevemos a salir sin haber renovado nuestro arrepentimiento, para el que hemos acumulado material todo el día y toda la noche? ¿No queremos confesarlo a Aquel que conoce nuestros corazones, nuestros descarríos, nuestras rebeliones, nuestras retractaciones, para hacer las paces en la sangre de Cristo y orar, para que perdone los pensamientos de nuestro corazón? No podemos ir con tranquilidad a hacernos cargo de las tareas del día con una carga de pecado del que no nos hemos arrepentido y que no ha sido perdonado.

Por la mañana nos preparamos para la obra del día, y por tanto, procuramos por medio de la oración buscar la presencia y la bendición de Dios; se nos dice que podemos ir con confianza al trono de la gracia, no sólo para pedir que se nos perdone aquello en que hemos faltado, sino para pedir gracia, que nos ayude en todo tiempo de necesidad. Y ¿qué momento hay que no sea un momento de necesidad para nosotros? Y por tanto, ¿qué mañana debería pasar sin oración? Leemos de “las cosas que han sido ordenadas conforme al rito para cada día” (Esdras 3:4), y es por esto que vamos a Dios cada mañana para orar, para la graciosa concesión de su providencia respecto a nosotros y las operaciones de gracia del Espíritu.

Tenemos familias a las que debemos cuidar, quizás, y hemos de proveer para ellas. Presentémoslas, pues, cada mañana en oración ante Dios, encomendándolas al cuidado y gobierno de su gracia, y así las ponemos de modo efectivo bajo la protección y cuidado de su providencia. El santo Job se levantaba temprano por la mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de sus hijos. (Job 1:5.) Así conseguimos que la bendición descansa sobre nuestros hogares.

Cuando nos dedicamos a nuestras actividades: miremos a Dios, en primer lugar, esperando que nos dé sabiduría y gracia para ejecutarlas bien, en el temor de Dios y que permanezcamos con Él; y entonces podemos pedirle con fe que nos prospere y nos acreciente, nos fortalezca, que nos sostenga en las fatigas y nos dirija y nos dé consuelo en estas tareas. Tenemos jornadas que hacer, quizás así pidamos a Dios que su presencia nos acompañe, y no vayamos donde no podamos esperar que nos acompañe.

Quizá tengamos oportunidades de hacer o conseguir algo bueno: pidamos a Dios que nos dé un corazón a la altura de lo que hay en nuestras manos, que nos dé habilidad, voluntad y valor para mejorarlo. Cada día tiene sus tentaciones, algunas, quizá, las podemos prever, pero muchas no nos las imaginamos y en ellas se pone a prueba nuestra sinceridad a Dios; que no seamos llevados a

la tentación, sino guardados de todas ellas; que cualquier relación o compañía en que entremos sea una oportunidad para que hagamos bien y no perjudiquemos, para conseguir bien y no ser dañado por los otros.

No sabemos lo que nos traerá el día; no sabemos las noticias que nos traerá la mañana, o lo que puede sucedernos antes de la noche, y por tanto, tenemos que pedir a Dios que nos dé gracia para llevar a cabo los deberes y dificultades que no podemos prever, así como las que vemos; que nuestra fuerza sea suficiente para mantenernos en conformidad con toda la voluntad de Dios, según sea cada día. Hallaremos que basta para cada día su propio afán, y por tanto, así como es locura el pensar y apenarnos por los sucesos de mañana, es de sabios pensar en los de hoy, para que sea suficiente para aquel día y para sus deberes la provisión de la divina gracia que necesitemos; para toda obra o palabra buena y para fortificarnos contra toda obra o palabra mala; para no decir, pensar o hacer nada durante el día que pueda ser causa de que deseemos no haberlo pensado, dicho o hecho.

Aplicación práctica de la doctrina anterior

Primero: Que estas palabras nos recuerden nuestras omisiones, porque éstas son pecado y han de venir a juicio. ¡Cuántas veces nuestro culto matutino ha sido olvidado o ha sido rendido con descuido! La obra, o bien no ha sido hecha, o ha sido hecha con doblez; o bien no se presentó sacrificio, y si se hizo, ha sido el perniquebrado, el cojo, el enfermo, o bien no ha habido oración o no ha sido dirigida propiamente, y por tanto, no se ha elevado. Hemos tenido las misericordias de la mañana, Dios no ha fallado en su compasión y nos ha cuidado como Padre, no obstante, no hemos hecho el servicio matutino, sino que hemos faltado de modo vergonzoso al deber de hijos suyos.

Humillémonos verdaderamente delante de Dios esta mañana por nuestros pecados y locura de haberle privado, con frecuencia, del

honor del culto matutino, y a nosotros mismos de sus beneficios. Dios se había llegado a nuestra despensa pensando hallar fruto, pero no lo halló, o no halló casi nada, estuvo escuchando, pero no le hablábamos a Él o no le hablábamos bien. Con alguna excusa minúscula lo hemos dejado y cuando se ha interrumpido la costumbre, la conciencia se ha entumecido, nos hemos ido enfriando y probablemente la hemos abandonado del todo.

Segundo: Os ruego que escuchéis una palabra de exhortación respecto a esto. Sé bien cuál será la influencia que tendrá sobre la prosperidad de vuestras almas el ser constantes y sinceros en el culto del privado, y por tanto, permitidme que haga énfasis en él con toda premura; que Dios tenga oportunidad de oír de vosotros cada mañana; que cada mañana dirijáis a Él vuestra oración, y que miréis hacia Él.

Tomad a conciencia vuestro culto privado y mantenedlo, no ya porque ha pasado a ser una costumbre que habéis recibido de vuestros padres o porque es un deber que habéis recibido orden de guardar del Señor. Dedicadle el rato estipulado y sed fieles al mismo. Que los que han vivido hasta ahora en descuido total, se persuadan, a partir de ahora, a considerarlo como la parte más deleitosa de su consuelo diario, como el deber más necesario en sus negocios cotidianos, y que sea su placer constante y su cuidado permanente.

No hay persona que tenga uso de razón que pueda pretender ser una excepción de este deber; lo que se dice de algunos se dice de todos: Orad, orad; continuad en oración y velad en ella. Los ricos no están tan obligados a trabajar con sus manos como los pobres; los pobres no tienen tanta obligación a dar limosna como los ricos, pero ambos están obligados igualmente a la oración. Los ricos no están por encima de la necesidad de hacerlo, ni los pobres por debajo de ser aceptados por Dios en ella. Nunca es demasiado pronto para que los jóvenes aprendan a orar, y aquellos a quienes los muchos

años han enseñado sabiduría, al final de sus días, obrarán como necios si creen que ya no tienen necesidad de orar.

Que ninguno diga que no puede orar. Si estuvieras a punto de perecer de hambre mendigarías la comida, si no hubiera otro remedio, y si ves que eres vencido por razón del pecado, ¿no puedes pedir gracia y misericordia? ¿No eres cristiano? No digas que no puedes orar, porque esto es tan absurdo como que un soldado dijera que no puede manejar la espada o que un carpintero no puede manejar el hacha. ¿A qué has sido llamado en la comunión de Cristo sino a tener por medio de Él comunión con Dios? Si no puedes orar tan bien como otros, ora tan bien como puedas, y Dios te aceptará.

Que ninguno diga que no tiene tiempo para la oración por la mañana, porque puedes hallarlo para otras cosas que no son tan necesarias; es mejor que le quites tiempo al sueño, que no que te falte tiempo para la oración. Y ¿en qué forma puedes emplear el tiempo mejor y con mayor satisfacción y provecho? Todos los negocios del día prosperarán mejor si los empiezas con Dios.

Que nadie diga que no tiene un lugar conveniente para la oración a solas. Isaac se retiraba al campo para orar; y el salmista estaba sólo con Dios en un rincón de su terrado. Si no puedes conseguir toda la soledad que deseas, no por eso has de dejar de orar; sólo la ostentación es reprochable, no el que te vean orar si no puedes evitarlo. Recuerdo que cuando era joven iba con frecuencia a Londres, en una diligencia, en tiempos del rey Jaime, y que había un señor en la compañía que no tenía inconveniente en admitir que era un jesuita; una de las ocasiones en que nos encontramos, el jesuita estaba alabando la costumbre de los países católicos de conservar las puertas de las iglesias siempre abiertas para que la gente pudiera ir a ellas a decir sus oraciones.

Yo le dije que esta práctica parecía la de los fariseos que oraban en las sinagogas, y que esto no se compaginaba con las órdenes de

Cristo de que cuando ores, entres, no en la iglesia con las puertas abiertas, sino en tu aposento y cierras la puerta; a este argumento replicó el hombre con alguna vehemencia: Creo que vosotros los protestantes no decís vuestras oraciones en ninguna parte porque he viajado mucho en diligencia en compañía de protestantes, y he parado en posadas, en la misma habitación con ellos, y he observado cuidadosamente lo que hacían, y nunca he visto que ninguno dijera sus oraciones de noche ni de mañana, excepto uno, que era presbiteriano.

Yo desearía que hubiera más malicia que verdad en lo que dijo, pero lo menciono como indicación de que aunque no podemos siempre estar tan a solas como quisiéramos en nuestras devociones, con todo, no podemos omitirlas para evitar que esta omisión dé lugar no sólo a pecado, sino también a escándalo. Sé diligente en tu culto secreto, y no seas perezoso en él, sino ferviente en espíritu, sirviendo al Señor. Procura que no degeneres en formalidad; que te acostumbres simplemente. Procura cumplir tu deber con solemnidad. Sé íntimo con Dios; no basta con que digas tus oraciones, es necesario que ores fervientemente, como hizo Elías (Santiago 5:17).

Aprende a esforzarte en la oración, como Epafras (Colosenses 4:12), y verás que la diligencia en este deber es la que enriquece. Dios no considera la longitud de nuestras oraciones, sino que Dios requiere la verdad en lo íntimo, y la oración del justo es su deleite. Cuando has orado considera que ello te ocupa y te anima a servir a Dios y a confiar en El; que el consuelo y el beneficio de tus devociones no sea como la nube mañanera que pasa y se va, sino como la luz de la aurora que va en aumento hasta que el día es perfecto.

MENSAJE II: Cómo pasar el día con Dios

“En ti he esperado todo el día “ (Salmo 25:5)

¿Quién de nosotros puede decir esto? ¿Quién vive esta vida de comunión con Dios, que es nuestra ocupación principal y la mayor parte de nuestra bienaventuranza? ¡Cuán cortos nos quedamos del espíritu del santo David, aunque tenemos mucha más ayuda en nuestro conocimiento de Dios del que tenían los santos de entonces, a causa de la presente meditación de Cristo! Con todo, los cristianos débiles que son sinceros no tienen por qué desanimarse, sino que recuerden que el mismo David no siempre estaba en la misma disposición para poder decir esto; tenía sus flaquezas. Era, a pesar de ellas, un hombre conforme al corazón de Dios. Nosotros tenemos nuestras flaquezas, aunque si son lamentadas sinceramente, si nos esforzamos contra ellas y si nos inclinamos de modo habitual hacia a Dios y el cielo, seremos aceptados por medio de Cristo, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia.

Sin embargo, la profesión que hace David en el texto nos muestra cuál debería ser nuestra actitud: el esperar en Dios todo el día. Esto implica dos cosas: una expectativa paciente y una espera constante.

El texto habla de esperar en Él para obtener misericordia, y, además, todo el día debe ser tomado de modo figurado, pues es el tiempo en que queremos y deseamos misericordia que es diferido. David en la primera parte del versículo pide ser encaminado en la verdad de Dios y enseñado; estaba perdido, y deseaba conocer lo que Dios quería que hiciera, y estaba preparado a hacerlo, pero Dios le mantenía en suspense; no era claro, todavía, lo que Dios quería, el curso que debía seguir, y lo que debía hacer; ¿podría seguir adelante sin la dirección divina? No: En ti he esperado todo el día. Así empezó Abraham que velaba sobre el sacrificio desde la mañana hasta el atardecer, antes de que Dios le diera la respuesta

a sus preguntas respecto a su simiente (Génesis 15:5, 12), y Habacuc, que estaba en la torre del vigía para ver qué respuesta le daba Dios cuando él le consultó. Aunque esta respuesta no venga al momento, al fin llegará y no faltará.

David, en las palabras que preceden al texto, ha llamado a Dios, el Dios de su salvación, el Dios en quien dependía para su salvación, temporal y eterna, del cual esperaba liberación de sus presentes angustias, de las tribulaciones de su corazón, que habían aumentado (ver versículo 17), de las manos de aquellos enemigos que estaban a punto de triunfar sobre él (versículo 2), y de los que le odiaban con odio violento (versículo 19). Esperando que Dios será tu Salvador, resuelve esperar en Él todo el día, como un hijo genuino de Jacob, el cual al morir dijo que había esperado del Señor su salvación. (Génesis 49:18.) A veces Dios manda sus bendiciones a los suyos antes de que ellos se las pidan. “Dios la ayudará, la ciudad de Dios, al clarear la mañana.” (Salmo 46:5.) Pero en otras ocasiones parece que está distante, que demora su liberación y los hace esperar, sí, los tiene en suspense; la luz no es ni brillante ni ausente, es de día, pero está nublado y oscuro, y no es hasta el atardecer que viene la luz y el consuelo que habíamos estado esperando todo el día; es más, quizá no llega hasta la noche y es a medianoche que se oye el grito: He aquí el esposo que viene. La liberación a la iglesia de sus tribulaciones, su triunfo en la lucha, el descanso y rescate de la opresión de los malos, y el cumplimiento de todo lo que Dios le ha prometido es lo que hemos de continuar esperando humildemente de Dios, sin desconfianza ni impaciencia; y hemos de seguir esperando todo el día.

Aunque sea un día largo; aunque hayamos de estar esperando mucho tiempo, mucho más de lo que pensábamos. Aunque hayamos esperado mucho, todavía hemos de esperar más, y como el siervo del profeta, tenemos que ir siete veces (1.a Reyes 18:43) antes de percibir el menor signo de que la misericordia se acerca. Esperábamos que la liberación de Israel tenía que venir de esto o de aquello, pero hemos quedado decepcionados; la siega pasó, el

verano acabó, y nosotros no hemos sido salvos (Jeremías 8:20). Se prolonga el tiempo, las oportunidades se deslizan, la época de la siega termina, cuando nosotros pensábamos que podíamos cosechar el fruto de nuestras oraciones y esfuerzos, y la paciencia se está agotando y estamos tan lejos de la salvación como antes; el tiempo en que el arca se queda en Quiryat-jearim es largo, mucho más largo de lo que habíamos esperado cuando fue llevada allí; fue veinte años, de modo que toda la casa de Israel se lamentaba en pos de Jehová, y empezaron a temer que tendrían que permanecer en aquella oscuridad. (1.a Samuel 7:2.)

Pero aunque fue un período muy largo, es sólo como un día, y su fin es sólo conocido por el Señor (Zacarías 14:7). Parece largo mientras estamos esperando, pero el final feliz nos permitirá reflexionar sobre el hecho de que es corto, sólo un momento. No es más largo de lo que Dios ha decidido, y podemos estar seguros de que su tiempo es el mejor, y de que vale la pena que esperemos sus favores. El tiempo es largo, pero no es nada comparado con los días de la eternidad, cuando aquellos que tuvieron paciencia serán recompensados por ello con la salvación eterna.

Aunque sea un día oscuro, esperemos en Dios todo el día. Aunque mientras esperamos lo que Dios hará estemos a oscuras sobre lo que Él hace y lo que es mejor para nosotros, estemos contentos esperando en la oscuridad. Aunque no veamos ninguna señal, aunque no haya nadie que nos diga cuánto durará, sigamos esperando el tiempo que sea, pues, aunque no sepamos lo que Dios hace ahora, lo sabremos después, cuando se haya desvelado el misterio de Dios.

No hubo nunca un hombre más desconcertado que Job en sus tratos con Dios. “Me dirijo al Oriente y no lo hallo; y al Occidente, y no lo percibo; si muestra su poder al Norte yo no lo veo; al Sur me vuelvo y no lo encuentro.” (Job 23:8.) Con todo, espera confiado en que “Él conoce mi camino; me examinará y saldré como el oro” (versículo 10), o sea aprobado y mejorado. Dios está esperando

como el refinador, y cuando el oro no necesite ser más refinado no volverá a ser metido en el horno. “En el mar te abriste camino, y tus sendas en las muchas aguas, y tus pisadas no dejaron rastro”, con todo, estamos seguros de que su camino es en el santuario, de modo que podemos confiar en Él. (Ver Salmo 77, versículo 13 y 19.) Y aun cuando las nubes y la oscuridad le rodean, con todo, la justicia y el juicio son la habitación de su trono.

Aunque el día sea tempestuoso, tenemos que esperar en Dios todo el día. Aunque estamos inmóviles, sin poder avanzar, y el viento nos es contrario y nos empuja hacia atrás, y nos rodea la tempestad, y estamos a punto de hundirnos, no hemos de perder la esperanza; hemos de esperar y capear la tormenta con paciencia. Nos consuela saber que Cristo está en la barca, que la causa de la Iglesia es la causa de Cristo, pues Él la ha hecho suya; Él se halla junto a su pueblo, y por tanto, no hemos de temer; no cabe duda de que la barca llegará al puerto; aunque el presente Cristo parezca dormir, las oraciones de sus discípulos le despertarán y El increpará los vientos y las olas. Y esto no es todo, Cristo no sólo está en la barca, sino que está al timón; sea lo que sea lo que amenace a la Iglesia, el Señor Jesús lo permite o lo hace, y Él hará que redunde para su bien. Esta idea está expresada por las palabras de George Herbert:

Nunca desanimados, puesto que Dios escucha. Cuando el viento y las olas abofetean mi quilla Él preserva la barca, puesto que se halla dentro. Aunque ahora parezca que está zozobrando, no hay tormenta furiosa que no sea amansada cuando Jesús la increpa. Y Él no duerme, que vela.

Son unas palabras apropiadas para el día de hoy. Lo que Dios hará de nosotros no lo podemos decir, pero de una cosa estamos seguros, Él es un Dios de juicios, infinitamente sabio y justo, y por tanto, benditos son aquellos que esperan en El. (Isaías 30:18.) Él hará su obra a su tiempo y a su manera, y aunque nos veamos empujados otra vez al desierto, cuando pensábamos que ya estábamos en la frontera de Canaán, sufrimos justamente por

nuestra falta de fe y nuestras murmuraciones, pero Dios obra sabiamente, y veremos que es fiel a su promesa; el momento en que juzga a su pueblo y cambia el curso de las cosas es cuando ve que la fuerza de ellos está agotada. Esto se vio antaño en el monte del Señor, y se verá otra vez. Y por tanto hemos de continuar en una actitud de espera. Resiste con fe y paciencia porque es bueno que el hombre tenga esperanza y espere tranquilo la salvación del Señor.

El texto nos habla también de un esperar constante en él en el sentido de un deber. Y así comprendemos el “día” de modo literal; David tenía la costumbre de esperar en Dios todo el día.

“Murlb” significa cada día y todo el día; lo mismo ocurre en la orden de Proverbios 23:17: “No tenga tu corazón envidia de los pecadores, sino permanece en el temor de Jehová todo el día.”

No basta con que empecemos cada día con Dios, sino que en Él hemos de esperar cada día y todo el día.

Para empezar con esto vamos a mostrar en primer lugar lo que es esperar en Dios, y en segundo lugar que hemos de hacerlo cada día y todo el día.

En cuanto a lo primero, inquiramos lo que es esperar en Dios. Ya habéis oído que es nuestro deber por la mañana hablarle en oración solemne. Pero ¿basta con esto para el resto del día? No, hemos de seguir esperando en Él, como con alguien con quien tenemos estrechos vínculos de parentescos y tenemos una fuerte obligación. El esperar en Dios es vivir una vida de deseo hacia Él, de deleite en Él, y devoción a Él.

Es vivir una vida de deseo hacia Dios; esperar en Él, como el mendigo espera en su benefactor con intenso deseo de recibir provisiones de él; como un paralítico en el estanque de Bestesda esperaba que las aguas fueran removidas para ser curado. Cuando el profeta hubo dicho: “En el camino de tus juicios, ¡oh, Jehová!, te

hemos esperado; tu nombre y tu memoria son el deseo de nuestra alma.” Sigue a continuación explicando: “Con mi alma te he deseado en la noche, y con todo el aliento de mi pecho madrugo a buscarte.” (Isaías 26:8, 9.) Nuestro deseo tiene que ser no sólo hacia las buenas cosas que Dios nos da, sino hacia Dios mismo, su favor y amor, la manifestación de su nombre a nosotros, y las influencias de su gracia sobre nosotros. Entonces esperamos/ en Dios, cuando nuestras almas suspiran por Él, y su favor, cuando estamos sedientos de Dios, del Dios vivo; ¡oh, quién pudiera contemplar la hermosura del Señor! ¡Oh, quién me diera a probar su bondad! ¡Oh, quién pudiera llevar su imagen y ser moldeado conforme a su voluntad enteramente! Porque no hay nada en el cielo o en la tierra que desee en comparación con Él. ¡Oh, quién pudiera conocerle más, amarle más, ser llevado cerca de Él y ser hecho más apto para Él! Así, sobre las alas del santo deseo, nuestras almas deberían elevarse hacia Dios, siempre más arriba, siempre hacia el cielo.

No sólo hemos de orar solemnemente por la mañana, sino que el deseo que es la vida y alma de la oración, como el fuego sobre el altar, tiene que ser mantenido siempre ardiendo, presto para los sacrificios que han de ser ofrecidos sobre él. La tendencia e inclinación del alma en todos sus movimientos es hacia Dios el servirle en todo lo que hacemos y gozar de Él en todo lo que tenemos. Y esto se refiere de un modo especial a las órdenes que se nos dan para que oremos siempre, que oremos sin cesar, que continuemos orando. Incluso cuando no nos estamos dirigiendo realmente a Dios hemos de tener la inclinación acostumbrada hacia Él, como un hombre en salud, que aunque no esté constantemente comiendo, tiene una disposición, sin embargo, hacia la nutrición y los deleites del cuerpo. Así que debemos estar siempre esperando en Dios como nuestro sumo bien, y movernos en dirección a Él.

Es vivir una vida de deleite en Dios, como el amante espera a la amada. El deseo es el amor en movimiento, como un pájaro sobre el ala; el deleite es el amor en reposo, como un pájaro en el nido. Aunque nuestro deseo tiene que seguir siendo hacia Dios, como

tenemos que estar deseando más de Dios, nuestros deleites también tienen que ser en Dios, hasta el punto que no tenemos que tener ningún otro deseo sino a Dios.

Al creer que es un Dios suficiente totalmente, hemos de estar enteramente satisfechos en Él; nos basta con tenerle a Él. ¿Queremos amar a Dios? Es un placer para nosotros pensar que haya un Dios así; que Él es tal como se nos ha revelado, que Él es nuestro Dios por habernos creado y que puede disponer de nosotros según le plazca, nuestro Dios por el pacto, para disponer de nosotros según nuestro bien; esto es esperar en nuestro Dios, esperar en Él con placer.

De una forma u otra el alma tiene aquello de que se precia, algo en lo cual reposa; y ¿qué es? ¿Dios o el mundo? ¿En qué ponemos nuestro orgullo? ¿De qué nos jactamos? Es lo natural en las personas del mundo que se jacten de la multitud de sus riquezas (Salmo 49:6), y de su poder, y del poder de sus manos, que consideran les han conseguido estas riquezas. Las personas piadosas, por su parte, se caracterizan en que se enorgullecen de Dios todo el día. (Salmo 44:8.)

“En Dios nos gloriábamos todo el día.” Esto es esperar en Dios; tener la vista siempre sobre Él con una secreta complacencia, como los hombres la tienen en aquello que es su gloria, en que pueden gloriarse.

¿En qué es que nos complacemos, que abrazamos con la mayor satisfacción, sobre lo que reclinamos nuestra cabeza y de cuya posesión nos felicitamos, como si lo tuviéramos todo? El rico mundano, con sus graneros llenos de trigo dijo a su alma: Huélgate, come, bebe y alégrate. El hombre piadoso no puede decir palabras así hasta que tiene su corazón lleno de Dios, de Cristo y de su gracia; y entonces dice: vuelve a tu reposo, oh, alma, descansa. El alma que ha recibido la gracia reposa en Dios, que es su hogar, y en Él se complace perpetuamente, y aunque hay muchas cosas en el

mundo que la desazonan, halla bastante en el Señor para compensarlo.

Es vivir una vida de dependencia en Dios, como el niño depende de su padre, en quien tiene confianza, y sobre quien echa todos sus cuidados. El esperar en Dios es esperar todo el bien que nos llega de Él, como quien obra todo bien en nosotros y por nosotros, el que nos da toda buena dádiva y el que nos protege de todo mal. Así lo dice David en el Salmo 62:5. Mi alma espera sólo en Dios, y sigue haciéndolo porque mis expectativas son de Él; no miro a otro para el bien que necesito porque sé que las criaturas, lo creado, son para mí sólo aquello que Él quiere que sean y nada más, y es Él quien controla todo juicio de los hombres. ¿Levantaremos nuestros ojos a los montes? ¿Viene de allí nuestro socorro? ¿No va más allá de las cumbres de las colinas el rocío que suaviza el valle? ¿Iremos más allá, y levantaremos nuestros ojos a los cielos, a las nubes? ¿Pueden darnos lluvia? No, si Dios no escucha a los cielos, los cielos no escuchan a la tierra; hemos, pues, de mirar más allá de los montes, más arriba de los cielos, porque nuestro socorro viene del Señor. Esto lo reconoció un rey que era un modelo de reyes. Si el Señor no te ayuda, ¿cómo podré ayudarte desde el granero o desde el lagar? Y nuestras expectativas de Dios en tanto que son guiadas por la palabra que Él ha pronunciado y basadas en ella, tendrían que ser en humilde confianza y con plena seguridad de fe. Tenemos que saber y estar seguros de que ninguna palabra de Dios quedará colgando, que las expectativas de los pobres no perecerán. Las personas del mundo dicen al oro: tú eres mi esperanza; y al oro fino: tú eres mi confianza; y la riqueza es la fortaleza del rico, pero Dios es el único refugio y porción del hombre piadoso en la tierra de los vivientes; y es sólo a Él que dice con confianza: “Tú eres mi esperanza, Tú eres mi confianza.” Los ojos de todas las criaturas esperan en Él porque es bueno para todos, pero los ojos de sus santos lo hacen de modo especial porque Él es también, de un modo peculiar, bueno para Israel, bueno para ellos. Conocen su nombre y por ello confían en Él y triunfan en Él, como los que saben que no serán avergonzados de su esperanza.

Es vivir una vida de devoción a Dios, como el siervo sirve a su amo dispuesto a observar su voluntad y hacer su trabajo, y en todo tiene en cuenta su honor y sus intereses. El esperar en Dios es estar atento de modo completo y sin reservas en su santa y sabia dirección, sus disposiciones, y estar alegremente conforme en ellas y cumplirlas. El siervo que sirve a su amo no escoge la manera en que lo hace, sino que sigue a su amo paso a paso; de esta forma tenemos que servir a Dios, como los que no tienen voluntad suya propia, sino sólo la de Él, y se esfuerzan para amoldarse a ella. El carácter de los redimidos del Señor es que siguen al Cordero donde- quiera que va, con una fe y obediencia implícitas. Así como los ojos del siervo miran la mano de su amo, nuestros ojos deben mirar al Señor para hacer lo que nos manda. “Padre, hágase tu voluntad; Señor, sea hecha tu voluntad.”

El siervo sirve a su maestro no sólo para prestarle servicio, sino para hacerle honor; y así hemos de servir a Dios para que podamos ser motivo de alabanza a Él. Su gloria debe ser nuestro objetivo último, al cual hemos de dedicar todo lo que somos, tenemos y hacemos; hemos de llevar su marca, esperar en sus atrios, y seguir sus movimientos, como sus siervos, con miras a que Él sea glorificado en todas las cosas.

El esperar en Dios es hacer de su voluntad nuestra regla.

El hacer de su voluntad expresada en el precepto la regla de nuestra conducta y hacer todo deber nuestro pensando en ella. Hemos de esperar en Él para recibir sus órdenes, decididos a cumplirlas por más que a veces contradigan nuestras inclinaciones corruptas o nuestros intereses seculares. Hemos de esperar en Él, como los santos ángeles que contemplan siempre la faz de su Padre, como todos los que están a su disposición, preparados a ejecutar la menor sugerencia de su voluntad. Así pues, hemos de hacer la voluntad de Dios, como la hacen los ángeles en el cielo, ministros suyos de su agrado, siempre alrededor del trono para hacerla, nunca apartados de él.

David ruega aquí que Dios quiera mostrarle su camino, y guiarle, y enseñarle, y guardarle, y enviarle a su deber; y así el texto viene como un ruego a poner en vigor la petición, “porque en Ti espero todo el día”, listo para recibir la ley de tu boca, y en todo observar tus órdenes. Y luego implica esto; que sólo pueden esperar ser enseñados de Dios aquellos que están dispuestos y preparados a hacerla como se les dice. Si alguno quiere hacer su voluntad, si está resuelto en la fuerza de su gracia a ejecutarla, conocerá cuál es esta voluntad. David ruega:

“Señor, dame entendimiento”, y luego se dice a sí mismo: “Guardaré tu ley, sí, la observaré” como el siervo espera en su señor. Los que van a la casa de Jehová con la expectativa de que Él les enseñará sus caminos deben hacerlo con la humilde resolución de que caminarán por sus sendas. (Isaías 2:3.) Señor, que la columna de nube y de fuego vaya delante de mí, porque estoy totalmente decidido a seguirla, y así a esperar en mi Dios todo el día.

El hacer de la voluntad de su providencia la regla de nuestra paciencia y soportar toda aflicción con miras a hacerla. Sabemos que es Dios quien ejecuta todas las cosas por nosotros, y Él lleva a cabo lo que nos es asignado; estamos seguros de que todo lo que hace Dios está bien, y redundará para bien de aquellos que le aman; con miras a esto tendríamos que estar de acuerdo y ajustamos a toda la voluntad de Dios. El esperar en el Señor es decir: Es el Señor, que Él haga conmigo como bien le pareciere, puesto que no hay nada que le parezca bueno a Él que no lo sea realmente. Y así lo veremos cuando podamos contemplar esta obra bajo plena luz, es decir: No como yo quiero, sino como Tú quieres. ¿Por qué tendría que ser según mi opinión? Con ello llevamos nuestra mente a una condición en que podemos conservar la calma y tranquilidad por más que ocurran cosas que nos las harían perder.

Y por ello hemos de sobrellevar la aflicción, sea lo que sea, porque es la voluntad de Dios; es lo que Él ha destinado o permitido, Aquel que obra según el consejo de su propia voluntad. Esto es la

paciencia cristiana: quedé mudo y no abrí mi boca, no porque no hubiera servido de nada el quejarme, sino porque Tú lo hiciste y por tanto yo no tenía razón de hacerlo. Y esto nos reconciliará con toda aflicción, sea la que sea, pues siempre está dentro de la voluntad de Dios, y en consecuencia, no sólo debemos permanecer en silencio porque se trata de la soberanía de su voluntad, ¡ay de aquel que se enfrenta con su hacedor!, sino que debemos estar satisfechos debido a la sabiduría y bondad de ello. Cualquiera que sea la disposición de la providencia de Dios sobre aquellos que esperan en Él, hemos de estar seguros de que así como no quiere su daño, tampoco los perjudica; es más, deben decir, como el salmista, que incluso cuando era acosado todo el día y disciplinado cada mañana, decía que Dios era bueno, y por tanto, como Job: “Aunque me matare, en Él esperaré.”

Podríamos ampliar este deber de esperar en Dios citando otras expresiones de la Escritura que hablan de lo mismo, y que también hacen énfasis sobre el homenaje que debemos a Dios y la comunión que hemos de tener interés en conservar con Él. Verdaderamente nuestra comunión es con el Padre y con el Hijo Jesucristo.

“A Jehová he puesto delante de mí.” (Salmo 16:8.) Es esperar en Él como a alguien que está cerca de nosotros, alguien siempre a nuestra diestra, y que tiene su mirada sobre nosotros, dondequiera que estemos y hagamos lo que hagamos; es más, como a uno en quien vivimos, nos movemos y somos, ante el cual somos responsables. Esto es impartido en nosotros como el gran principio de la obediencia del Evangelio: “anda delante de mí rectamente”. En esto consiste la rectitud que es nuestra perfección evangélica; en andar en todo tiempo delante de Dios y en procurar ser aprobados por Él.

Es tener nuestros ojos siempre dirigidos al Señor, como se nos dice aquí. (Salmo 25:15.) Aunque no podemos verle, por razón de la distancia y la oscuridad, con todo, podemos mirar hacia Él, hacia el

lugar en que reside su honor, como aquellos que desean el conocimiento y voluntad tuyas, y lo dirigen todo a su honor como el blanco al que apuntan, esforzándose en esto para que, presentes o ausentes, puedan ser aceptados por Él. El esperar en Él es seguirle con nuestros ojos en todas aquellas cosas que Él se complace en manifestarnos, y admitir los descubrimientos de su ser y perfecciones.

Es reconocer a Dios en todos sus caminos (Proverbios 3:6), en todas las acciones de la vida, y en todos los asuntos de la vida hemos de andar de su mano y seguir en sus pasos. En todas nuestras empresas hemos de esperar en Él para conseguir su dirección y ser prosperados, y por fe y oración encomendarle nuestro camino, y hemos de llevarle con nosotros dondequiera que vayamos. Si tu presencia no ha de ir con nosotros no nos muevas de aquí. En todas nuestras consolaciones hemos de ver su mano que nos las proporciona, y en todas nuestras cruces hemos de ver la misma mano poniéndolas sobre nosotros para que podamos aprender a recibir lo bueno y lo malo, y bendecir la mano del Señor, tanto por lo que da como por lo que quita.

Es seguir al Señor plenamente como hizo Caleb. (Números 14:24.) Es poner por obra las palabras del Señor; respetar todos sus mandamientos y procurar poner por obra toda su voluntad.

Dondequiera que Dios nos guíe, yendo delante de nosotros, hemos de seguirle como hijos queridos; hemos de seguir al Cordero y tomarle por nuestro guía dondequiera que vaya.

Esto es esperar en Dios, y aquellos que lo hacen pueden esperarle alegremente porque aparecerá sin falta a su debido tiempo para su gozo, y esta palabra de Salomón les será aplicable:

“El que mira por los intereses de su Señor tendrá honra.” (Proverbios 27:18.) Porque Cristo ha dicho: “Donde yo estoy, allí estará mi servidor.” En cuanto a lo segundo: Habiendo mostrado lo

que es esperar en Dios, voy a continuación a mostrar que hemos de hacerlo cada día.

Hemos de esperar en nuestro Dios cada día. Ésta es una obra de cada día que debe ser hecha en su día porque el deber de cada día lo requiere. Los servidores en las cortes de los príncipes tienen sus semanas y meses de servicio asignados, y están obligados a servir sólo en ciertas ocasiones. Pero los siervos de Dios nunca están fuera de servicio: todos los días de nuestro tiempo designado, el tiempo de nuestro trabajo y nuestra campaña aquí en la tierra, hemos de esperar (Job 14:14), y no esperar o desear ser dados de alta de servicio hasta que llegemos al cielo, donde estaremos sirviendo a Dios, como hacen los ángeles, más cerca y constantemente.

Hemos de esperar en Dios cada día. Tanto los domingos como los días de entre semana. El día del Señor fue instituido y designado con el propósito de acudir a los atrios de la casa de Dios para servirle y esperar en Él allí, para darle gloria, recibir órdenes y favores de Él. Sus ministros deben servir en su ministerio (Romanos 12:7), y el pueblo debe esperar en Él también, diciendo como Cornelio de sí mismo y de sus amigos: Ahora estamos todos aquí, en la presencia de Dios, para oír todas las cosas que Dios nos ha mandado. (Hechos 10:33.) Es para el honor de Dios, para ayudar a llenar las asambleas de aquellos que esperan y sirven en el estrado de su trono, para aumentar su número. Todo el tiempo del día del Señor, excepto el que se emplea en obras de necesidad y de misericordia, debe ser empleado en esperar y servir a Dios. Los cristianos son sacerdotes espirituales, y como tales, su ocupación es servir en la casa de Dios las horas designadas.

Pero esto no es suficiente; hemos de esperar en Dios durante la semana porque cada día de la semana queremos sus misericordias y tenemos trabajo que hacer para Él. Nuestro esperar en Él en los deberes públicos religiosos el primer día de la semana, está planeado para establecernos y equiparnos para la comunión con Él

durante la semana que sigue, de modo que no respondemos a las intenciones del Día del Señor a menos que perduren en nosotros las impresiones del mismo, y entren con nosotros en los negocios de la semana, y permanezcan siempre en la imaginación de los pensamientos de nuestro corazón. Así, de un domingo al otro, y de una nueva luna a la otra, hemos de mantenernos en un marco de gracia y santidad. Tiene que ser así en el Espíritu del Día del Señor, para andar en el Espíritu toda la semana.

Tanto en los días de ocio como en los de actividad hemos de estar esperando en Dios. Algunos días de nuestra vida serán días de trabajo y de prisas cuando se nos exige diligencia en nuestra vocación, pero no hemos de pensar que esto haya de ser una excusa válida de nuestro constante esperar en Dios. Aunque nuestras manos estén ocupadas en sus tareas, nuestro corazón puede estar esperando en Dios por medio de una inclinación habitual hacia Él, a su providencia como nuestra guía, y a su gloria como nuestro fin en nuestros negocios del mundo, y por ello nosotros debemos permanecer con Él en ellos. “Por demás es que os levantéis de madrugada y que retraséis el descanso, y que comáis pan de fatigas” (Salmo 127:2), la labor es en vano, es trabajo tirado al fuego.

Algunos días en la vida descansamos de nuestros asuntos y tomamos un recreo. Muchos tenéis vuestro tiempo para diversión, pero cuando ponéis aparte otros negocios, este esperar en Dios no puede ser puesto de lado. Cuando tú pones a prueba la alegría, como hizo Salomón, y dices que quieres gozar un poco del placer, con todo, la sabiduría debe permanecer contigo (Eclesiastés 2:1, 3), que tus ojos se levanten a Dios, y procura que no pierdas la comunión con Él por causa de lo que tú llamas una conversación agradable con tus amigos. Tanto si es un día de la semana o un día de descanso, no hallaremos nada como el esperar en Dios para iluminar la tarea y endulzar el reposo. De modo que tanto si tenemos mucho que hacer o poco, en el mundo, todavía tenemos

que seguir esperando en Dios para ser preservados de la tentación que acecha a los dos.

Tanto en los días de prosperidad como en los de adversidad tenemos que esperar en Dios.

¿Nos sonrío y nos festeja el mundo? A pesar de ello no nos olvidemos de Él para rendirle tributo y atención. Por más que tengamos mucha riqueza de este mundo no podemos decir que no tenemos necesidad de Dios ni ocasión para hacer uso de él, imitando en eso a David que se atrevió a decir, en su prosperidad, que nunca sería conmovido, pero pronto se dio cuenta de su error cuando Dios le escondió el rostro y entró en tribulaciones. (Salmo 30:6.) Cuando nuestros asuntos prosperan y Dios pone prosperidad en nuestras manos, hemos de esperar en Dios como nuestro dueño y confesar nuestras obligaciones a Él. Hemos de esperar en la bondad y gracia de Dios para usar lo que tenemos en el mundo con miras a los fines para los que se nos ha confiado, sabiendo que tenemos que rendir cuentas y que esto será pronto. Y por más que tengamos buenas cosas de este mundo y que se nos haya provisto de ellas en abundancia para que disfrutemos, todavía tenemos que esperar en Dios para que nos dé cosas mejores, no sólo de las que el mundo da, sino de las que Él mismo da en este mundo. Señor, no me basta con esta porción.

Y cuando el mundo frunce el ceño sobre nosotros y las cosas nos van al revés no tenemos por qué inquietarnos de su ceño, o asustarnos, y por ello apartarnos de esperar en Dios, sino más bien ser llevados a ello. Las aflicciones nos son enviadas con este objetivo para llevarnos al trono de la gracia, para enseñarnos a orar, y para hacer la palabra de la gracia de Dios más preciosa para nosotros. En el día de nuestra aflicción hemos de esperar en Dios para que nos dé el consuelo que será suficiente para compensar nuestra pena. Job, estando en lágrimas, caía sobre su rostro y adoraba a Dios, tanto cuando le quitaba lo que tenía como cuando le añadía. En el día de nuestro terror debemos esperar en Dios para

recibir el ánimo suficiente para apaciguar el miedo. Josafat, en su angustia, esperó en Dios y no esperó en vano, pues su corazón fue corroborado al hacerlo; y lo mismo ocurrió a David, con frecuencia, que hizo la resolución que fue un ancla para su alma: “En tiempo de temor en ti confiaré.”

Tanto en los días de la juventud como de la ancianidad tenemos que estar esperando en Dios. Los que son jóvenes deben empezar a hacerlo desde muy temprano: el niño Samuel ministraba al Señor, y en la historia de la Escritura se pone un énfasis particular en el honor de hacerlo, y Cristo se complació sobremanera con los hosanas de los niños que le esperaban cuando cabalgaba en triunfo hacia Jerusalén. Cuando Salomón, en su juventud, después de su acceso al trono, esperaba que Dios le diera sabiduría, se nos dice que agradaba al Señor. “Me he acordado de ti, del cariño de tu juventud, del amor de tus desposorios cuando andabas en pos de mí en el desierto, en una tierra no sembrada.” (Jeremías 2:2.) El esperar en Dios, el acordarse del Creador, y el momento oportuno para hacerlo son los días de la juventud. (Eclesiastés 12:1.) Los que esperan en Dios bien son aquellos que han empezado a hacerlo desde muy pronto; los cortesanos más cumplidos son los que han sido criados en la corte.

¿Y podríamos eximir a los antiguos siervos de Jesús de esperar en Él? No, su dedicación es necesaria todavía, y todavía serán aceptados; no serán echados por su Maestro en la hora de la vejez, y por tanto, no se quedarán sin recibir el merecimiento de su servicio. Cuando a través de pueden ser siervos que esperan. Son, como Barzillay, ya incapaces de gozar de los placeres de la corte de los príncipes de la tierra, con todo, disfrutando de los placeres de la corte celestial como siempre. Los levitas, pasados los cincuenta, eran eximidos de los deberes gravosos de su ministración, pero seguían esperando y sirviendo a Dios, quietamente, para darle honor y para recibir su consuelo. Aquellos que han hecho la voluntad de Dios y su obra activa ha llegado a su final tienen necesidad de paciencia para que puedan esperar a heredar la

promesa, y cuanto más cerca se hallan de la felicidad que esperan, más acendradamente deben esperar, aguardando estar pronto con Él eternamente.

Hemos de esperar en nuestro Dios todo el día, morir en Él como se nos dice. Cada día, de la mañana a la noche, tenemos que continuar esperando en Dios cualesquiera que sean los cambios que haya en nuestra ocupación; ésta debe ser la constante disposición de nuestra alma, el estar esperando en Dios y tener nuestros ojos siempre dirigidos a Él; no debemos permitirnos el alejarnos de Dios, o que otras cosas tengan prelación respecto a Él; hemos de estar subordinados a su voluntad y subordinados a su gloria. Hemos de echar nuestros cuidados diarios sobre Él. Cada día trae consigo nuevos problemas. Más o menos, éstos están a nuestro lado cuando nos despertamos por la mañana, y no tenemos que apresurarnos a buscar los problemas que tendremos mañana, pues le basta al día su propio afán. Los que tenéis grandes problemas que atender en el mundo todo el día, aunque os los guardéis para vosotros mismos, con todo, están en vuestro regazo, y con vosotros se levantan, y os siguen, y los que hablan con vosotros apenas se dan cuenta de la carga que representan para vosotros. Algunos, por la debilidad de sus espíritus, apenas pueden hacer decisiones sino con miedo y temblando.

Echad esta carga sobre el Señor creyendo que su providencia se extiende sobre todos vuestros asuntos, todos los sucesos que os afectan, y todas las circunstancias de los mismos, incluso las más pequeñas que parecen accidentales; que vuestra situación está en su mano y todos los caminos a su disposición; creed en su promesa de que todas las cosas redundarán para bien de aquellos que le aman, y presentadle a Él todas las cosas para que haga con vosotros y con los vuestros como parezca bien a sus ojos, y descansad satisfechos después de hacerlo y decidid estar tranquilos. Llevad vuestros cuidados a Dios en oración por la mañana, presentádselos a Él, y luego, que se vea durante el día, por lo compuesto y alegre de vuestro espíritu, por vuestro ánimo y

sosiego, que habéis hecho como Ana, cuando después de haber orado su rostro ya no aparecía triste. (1.a Samuel 1:18.)

Encomienda tu camino al Señor y sométete a su disposición aunque contradiga tus expectativas, y guarda la seguridad que Dios te ha dado, que El cuidará de ti como un padre cuida a su hijo tierno.

Hemos de administrar nuestros negocios diarios para Él con miras a su providencia, poniéndonos en el lugar que nos corresponde según nuestra vocación y empleo, y haciendo de su precepto nuestro deber con diligencia, con miras a tener su bendición, como algo necesario para hacerlo próspero y apropiado, y para su gloria como nuestro objetivo final. Esto santifica nuestras acciones comunes ante Dios, las suaviza y nos las hace agradables. Si Gayo va con sus amigos, de los que se despide, un trecho del camino, no se trata nada más que de una muestra de cortesía, pero si lo hace de modo piadoso, en esto les rinde homenaje, porque pertenecen a Cristo y lo hace por amor a Él, para que haya una oportunidad de comunicación más provechosa con ellos, y entonces pasa a ser un acto de piedad cristiana (3.a Juan 6). Es una regla general por la cual debemos regirnos en los negocios de cada día. Todo lo que hagamos, sea de palabra o de hecho, hagámoslo en el nombre del Señor Jesús (Colosenses 3:17), y así, por medio de nuestro Mediador, esperamos en nuestro Dios.

Esto se recomienda de modo especial a los siervos, aunque sus empleos sean humildes y estén bajo las órdenes de sus señores según la carne; con todo, tienen que hacer sus oficios humildes como siervos de Cristo, como al Señor y no a los hombres; que lo hagan con sinceridad de corazón como a Cristo, y que sean aceptables a Él, de quien recibirá la recompensa de la herencia. (Efesios 6:5, 6, 7, 8; Colosenses 3:22, 24.) Que esperen en Dios todo el día, cuando están haciendo su trabajo cotidiano, haciéndolo con fidelidad y a conciencia, para que puedan adornar la doctrina de Dios, nuestro Salvador, pensando en su gloria, incluso en las cosas ordinarias: trabajan para ganar el pan, y lo ganan para poder vivir, para que puedan vivir no para ellos mismos y agradarse, sino para

que puedan vivir para Dios y agradecerle. Trabajan para poder llenar el tiempo, y ocupar un lugar en el mundo, y porque Dios, que nos ha creado y nos mantiene, nos ha asignado que trabajáramos con quietud y nos ocupáramos de nuestras obligaciones.

Hemos de recibir nuestra consolación y bienestar diario de Él; hemos de esperar en Él como nuestro benefactor, como los ojos de todas las criaturas esperan en Él para que les dé su comida en sazón, y lo que les da ellos lo recogen. En Él esperamos para nuestro sustento diario, y a Él debemos pedirselo según se nos manda, aunque lo tengamos en nuestra casa, aunque esté encima de la mesa. Hemos de esperar en Él como un derecho del pacto para conseguir permiso para usarlo, para que sea bendecido, para que nos nutra, para que nos conforte. Es en la palabra y la oración que esperamos en Dios y guardamos comunión con El, y por medio de ellas, todo lo creado de Dios es santificado para nosotros (1.a Timoteo 4:4, 5), y sus características y propiedades son cambiadas; para el puro todo es puro; lo tienen por el pacto, no por la providencia común que hace que lo poco que tiene el justo sea mejor que las riquezas del malvado, y mucho más valioso y provechoso.

No hay incentivo más poderoso para hacernos procurar que lo que tengamos lo consigamos honradamente y lo usemos con sobriedad y demos a Dios el mérito de ello, que esta consideración; que todo lo que tenemos procede de la mano de Dios y nos es confiado como a un mayordomo, y por lo tanto, tenemos que dar cuenta de ello. Si tenemos este pensamiento como un hilo de oro, que enlaza todas las comodidades del día, que nos hace ver que son dones de Dios, cada bocado, cada sorbo, cada resuello, y que cada paso que damos, todo, se lo debemos a su misericordia, esto nos guardará esperando continuamente en Él, como la caballería en el pesebre espera en su amo, y nos causará un doble placer cuando disfrutemos de ello. Dios nos enviará sus misericordias renovadas, cada día, de la cantera de su compasión, nuevas cada mañana, y por tanto, no es una vez a la semana que esperamos en Él, como

los que van al mercado a adquirir provisiones para la semana, sino que tenemos que esperar en Él cada día, para aquel día, como los que viven al día.

Hemos de resistir nuestras tentaciones cotidianas y hacer nuestros deberes diarios en la fuerza de su gracia. Cada día acarrea sus tentaciones; nuestro Maestro lo sabía cuando nos enseñó que tal como oramos para nuestro sustento diario, debemos también pedir que no seamos llevados a la tentación. No hay asunto del que nos ocupamos ni diversión de que participamos que no tenga en sí sus trampas y acechanzas; Satán nos acecha en ellas, y se esfuerza para arrastrarnos al pecado; ahora bien, el pecado es el gran mal del cual tendríamos que guardarnos constantemente, como hacía Nehemías (6:13). “Para hacerme temer así, y que pecase.” Y no tenemos manera de asegurarnos contra ello sino esperando en Dios todo el día; no sólo debemos ponernos bajo la protección de su gracia por la mañana, sino que hemos de permanecer bajo su cobijo, y debemos proseguir adelante sólo dependiendo en esta gracia que se nos ha dicho será suficiente para nosotros, para que no seamos tentados más allá de lo que podamos resistir.

Nuestro esperar en Dios nos proporciona los mejores argumentos de que hacer uso para resistir las tentaciones con fuerza, según el día. Sed fuertes en el Señor y en la fuerza de su potencia, y entonces esperaremos en el Señor todo el día.

Tenemos el deber y la oportunidad de hablar buenas palabras y hacer buenas obras, y hemos de darnos cuenta y confesar que no nos bastamos por nosotros mismos para hacer nada bueno, ni aun de tener un buen pensamiento; por tanto, debemos esperar en el Señor para recibir la luz y el fuego, la sabiduría y el celo que nos son necesarios para cumplir con nuestro deber del día para que, por su gracia, podamos ser fortificados contra toda palabra y obra mala, y ser provistos de obras y palabras buenas. De la plenitud que hay en Jesucristo hemos de sacar constantemente, por fe, gracia sobre gracia, gracia para todos los ejercicios y actividades piadosas,

gracia para tener ayuda en tiempo de necesidad. Hemos de esperar esta gracia, hemos de seguirla, cumplir con las operaciones de la misma y ser receptivos a la misma como la cera al sello.

Hemos de llevar nuestras aflicciones diarias con sumisión a su voluntad. Tenemos que esperar tribulaciones en la carne, una cosa u otra que va a ocurrir que nos duela, algo en nuestras relaciones, sucesos referentes a la familia o amigos, o a la vocación, todos ello a causa de aflicción. Quizá tengamos cada día dolor corporal o enfermedad, o alguna cruz o contrariedad en nuestros asuntos. En todo ello hemos de esperar en Dios. Cristo requiere de todos sus discípulos que lleven su cruz cada día (Mateo 14:24). No nos hemos de cargar por nuestra propia decisión cruces sobre las espaldas, pero hemos de aceptarlas cuando Dios las pone allí, y no tratar de evadir nuestro deber. No basta con llevar la cruz, hemos de cargárnosla, hemos de acomodarnos a ella y estar conformes con la voluntad de Dios en ella. No diciendo: esto es un mal y tengo que soportarlo, no puedo evitarlo, sino esto es un mal y lo llevaré porque ésta es la voluntad de Dios.

Hemos de considerar cada aflicción que nos viene de nuestro Padre celestial, y, detrás de ella, la mano correctora, y por tanto, hemos de esperar en Él para conocer la causa que la ha motivado y la falta por la que somos disciplinados con aquella aflicción, para que podamos aprender de esta aflicción y con ello llegar a ser partícipes de su santidad. Hemos de prestar atención a todas las acciones de la providencia, tener la vista sobre nuestro Padre cuando frunce el ceño, para descubrir lo que piensa y qué pauta de obediencia hemos de aprender por las cosas que sufrimos. Hemos de esperar en Dios para que nos dé sostén para nuestras cargas. Hemos de ponernos en los brazos eternos y quedarnos en ellos, que están extendidos para los hijos de Dios cuando la vara de Dios los visita. Y hemos de esperar ser librados; no hemos de tratar de escabullimos por métodos pecaminosos ni buscar alivio en otras criaturas, sino esperar en el Señor hasta que tenga misericordia de nosotros, contentos con la carga hasta que Dios nos la quita y nos alivia en su

misericordia (Salmo 123:2). Si la aflicción dura hemos de seguir esperando en Dios, aun cuando esconda su rostro (Isaías 8:17), esperando que sólo sea “un arranque de ira que dure un momento” (Isaías 54:7, 8).

Hemos de esperar las noticias y sucesos de cada día con una resignación animosa y total a la providencia divina. Mientras estamos en este mundo estamos esperando bienes y temiendo males, no sabemos lo que nos traerá un día o una noche (Proverbios 27:1), pero nos traerá algo, y nosotros somos propensos a pensar en vano sobre cosas futuras, que acontecen de modo muy distinto a como nos las habíamos imaginado. Ahora bien, en todas nuestras perspectivas debemos esperar en Dios.

¿Estamos esperando buenas noticias, un buen resultado de algo? Esperemos en Dios como el dador del bien que esperamos y estemos preparados para tomarlo de su mano y recibirlo con el afecto apropiado cuando viene a nosotros en el camino de la misericordia. Cuando esperamos algún bien, es sólo de la bondad, poder y sabiduría de Dios que debemos esperararlo. Y por tanto nuestras esperanzas deben ser humildes y sencillas y reguladas por su voluntad. Lo que Dios nos ha prometido es lo que podemos prometernos a nosotros mismos, y no más. Si esperamos así en Dios, en todas nuestras esperanzas, en caso de que se demoren, no nos quebrantaría el corazón, aunque sufra una decepción, porque el Dios en que esperamos va a hacer que al final redunde todo para nuestro bien, pero cuando se cumple el deseo para conseguir el cual hemos estado esperando en el Señor, vemos que viene de su amor, y será árbol de vida. (Proverbios 13:12.)

¿Tememos recibir malas noticias, sucesos penosos y un resultado desagradable de un asunto pendiente? Esperemos en Dios para que nos libre de todos nuestros temores, de las cosas que tememos y de los temores mismos. (Salmo 34:4.) Cuando Job temía a su hermano Esaú, y tenía buenas razones, para temerle esperaba en Dios, y le presentó sus temores y consiguió ser librado. Cuando esté

espantado —dice David—, confiaré en Ti, esperaré en Ti, y esto afirmará mi corazón, lo fortalecerá y lo pondrá por encima del temor de las malas noticias.

Si estamos en suspense, entre temor y esperanza, prevaleciendo a veces la una, a veces la otra, esperemos en Dios, ya que es a Dios a quien pertenecen las cuestiones de vida o muerte, de bien y mal; de Él procede nuestro juicio y el de todo hombre, y tranquilicémonos en una sosega- da expectativa del suceso, sea el que sea, con la decisión de acomodarnos al mismo: espera lo mejor, y prepárate para lo peor, y luego, acepta lo que Dios te envía.

Aplicación práctica

Primero permitidme que insista en este deber de esperar en Dios todo el día, en algunos casos particulares más, según lo que tengáis que hacer durante el día, en los asuntos ordinarios del mismo. Somos débiles y olvidadizos y necesitamos que se nos recuerde nuestro deber, en general, en toda ocasión para hacerlo, y por tanto, deseo ser un poco particular, y así recordároslo.

Cuando te reúnes con tu familia por la mañana espera en Dios para que te dé una bendición sobre ellos, y preséntale una acción de gracias por las misericordias que vosotros y los vuestros habéis recibido conjuntamente durante la noche pasada; tú y tu casa tenéis que servir al Señor. Ve que es por su bondad, de Aquel que es el padre de las familias de los justos, que estáis juntos, que la voz de gozo y salvación está en vuestras tiendas, y por tanto, espera en Él para que podáis continuar juntos, para que podáis corroboraros el uno al otro, para capacitaros a hacer el deber de toda relación, y prolongar los días de vuestra tranquilidad. En toda la conversación que tenemos con nuestras familias, la provisión que hacemos por ellas y las órdenes que damos respecto a las mismas, hemos de esperar en Dios, como el Dios de todas las familias de Israel. (Jeremías 31:1.) Y tengamos la mira puesta en Cristo, puesto que en Él son bendecidas todas las familias de la tierra.

Cada miembro de la familia que participa en las misericordias familiares debe esperar en Dios para recibir la gracia, a fin de contribuir a los deberes de la familia aunque haya desavenencias en las relaciones familiares, y en vez de tener el espíritu cargado por ella, que sea un incentivo a esperar en Dios, el cual puede o bien enderezar el agravio o compensarlo, dándonos la gracia para aguantarlo.

Cuando estás procurando educar a tus hijos o a otros que haya bajo tu cargo, espera en Dios y su gracia para que ésta haga el proceso educativo próspero y provechoso. Cuando les instruyes respecto a cosas de la vida o de la piedad, su vocación general o particular, cuando los envías a la escuela por la mañana o les mandas respecto a algún asunto durante el día, espera en

Dios para que les dé conocimiento y buena capacidad para sus negocios. De un modo especial, su negocio principal, porque es Dios quien da sabiduría. Si son lentos, que esperen en Dios para que Él los saque adelante y les dé su gracia a tiempo, y mientras estás esperando con paciencia en Él, esto te estimulará a esforzarte con ellos, y asimismo te hará paciente y manso.

Y que los niños y los jóvenes esperen en Dios, en todos sus esfuerzos diarios, para estar equipados para el servicio de Dios en su generación. Tú deseas ser un consuelo para los tuyos, ser bueno para algo en este mundo. Le pides a Dios que te dé un corazón sabio y entendido, como hizo Salomón, y esperas en Él todo el día, para que puedas todavía crecer en sabiduría como lo haces en estatura, y en favor de Dios y de los hombres.

Cuando te dedicas a tus negocios o profesión propios, espera en Dios para tener su presencia contigo. Tus negocios requieren tu atención constante, cada día, y todo el día, pero tu atención a Dios en tus actividades diarias ha de ser tan constante como la que das a tus deberes. Considera la providencia de Dios en toda clase de ocurrencias. Si tienes una tienda, la abres por la mañana con este

pensamiento: Ahora estoy a punto de hacer mi deber y dependo de Dios para que me bendiga en él. Cuando estás esperando clientes, espera en Dios para que te dé algo para hacer por él en la vocación u oficio al que te ha llamado. Aquellos que tú consideras clientes casuales, más bien deberías llamar clientes providenciales y considerar que el Señor te los trajo. Cuando compres y vendas, ve la mirada de Dios que te está observando, por si eres honrado en tus tratos y no perjudicas a los que los tienen contigo, y está alerta, esperando, porque Dios instruye no sólo al que trabaja la tierra, sino al comerciante (Isaías 28:26). Espera la prudencia que dirige el camino, y con la cual se le promete al hombre bueno que pondrá en orden sus asuntos; espera su bendición, que es la que enriquece y no añade tristeza con ella, la ganancia moderada y legal, que se puede esperar como resultado de la actividad diligente y honrada.

Cualquiera que sea tu oficio y ocupación en los negocios de la nación, ciudad, el mar, la casa... hazlo todo con el temor de Dios, dependiendo en Él para hacerlo bien, prósperamente, y con ello te fortificarás contra todas las tentaciones que se te presentan en el mundo de los negocios; al esperar en Dios serás librado de los cuidados que van siempre con las muchas actividades; elevará tu mente de las cosas pequeñas, de los sentidos y del tiempo; servirás a Dios aun cuando estés activo en las cosas del mundo, y tendrás a Dios en tu corazón, aun cuando tengas las manos llenas del mundo.

Cuando tomas un libro en las manos, sea el Libro de Dios o cualquier otro libro útil, espera en Dios para que te mande su gracia que te permitirá hacer buen uso del mismo. Algunos pasan mucho tiempo cada día leyendo, y deseo que ninguno de vosotros deje pasar el día sin leer algunas porciones de la Escritura, sea solo o con la familia. Procura que el tiempo que dedicas a leer no sea perdido; lo es si lees lo que es ocioso, vacío y vano, incluso si lees la palabra de Dios misma y no prestas atención, para ponerla por obra, o procurar que te sea de algún beneficio. Espera en Dios, que nos da ayuda para nuestro lema, para hacerla más útil para ti. El eunuco etíope hizo eso, cuando estaba leyendo en el libro del

profeta Isaías en su carro, y en realidad Dios le envió a uno que podía entender lo que leía.

De vez en cuando es posible que leas las historias de los tiempos de antaño. Al familiarizarte con ellas tienes que contemplar a Dios y esta providencia graciosa y sabia que gobierna al mundo desde antes de que nacióramos, y preserva la iglesia en ella, y por tanto, aún podemos confiar en Él para que haga que todo redunde en lo mejor, porque es el antiguo rey de Israel.

Cuando te sientas a la mesa, espera en Dios. Mira su mano que dispone y prepara la mesa delante de ti, a pesar de tus enemigos o en la sociedad de tus enemigos. Revisa con frecuencia la concesión que Dios hizo a nuestro primer padre Adán, y en él a todos nosotros, de los productos de la tierra. (Génesis 1:29.) “Mira, yo te he dado toda planta que lleva semilla, pan de trigo, de modo especial.” Y la concesión que más adelante fue hecha a Noé, nuestro segundo padre, y en él a nosotros. (Génesis 9:3.) Todo lo que se mueve y vive será comida, incluso las hierbas verdes, y procura ver en ellas cuan generoso benefactor es para la humanidad, que espera en Él en consecuencia.

Hemos de comer y beber de modo que sea para la gloria de Dios, y esperamos en Él en nuestra comida y bebida. Hemos de recibir nutrición para nuestros cuerpos, a fin de que estemos equipados para servir a nuestras almas en el servicio de Dios, para su honor en este mundo. Hemos de disfrutar del amor del pacto en las misericordias corrientes, y gozarnos del Creador en tanto que usamos lo creado; hemos de depender de la palabra de bendición de la boca de Dios para que el alimento nos nutra, y si nuestras provisiones son escasas hemos de compensar su falta con la fe en la promesa de Dios, y regocijarnos en Él, como el Dios de nuestra salvación, aunque la higuera no florezca y no haya fruto en la vid.

Cuando visitas a tus amigos o recibes sus visitas, espera en Dios, séle agradecido por tus amigos y conocidos, de los que recibes

consolación, agradece que tu habitación no sea el desierto o un lugar solitario, que tengas comodidades no sólo en tus casas, sino también el solaz de tus vecinos, con los cuales eres libre de poder conversar, y que no eres expulsado de entre los hombres y hecho una carga y terror a los que te rodean. Que tienes vestidos no sólo para la necesidad sino para adornarte con decoro, lo cual es una misericordia, y de la cual no nos hemos de jactar, sino que hemos de tomar nota que viene de Él. “Te atavié con adornos y puse brazaletes en tus brazos y collar en tu cuello”, dice Ezequiel. De que tengas casas, muebles, diversiones, no sólo para los tuyos, sino también los amigos, lo cual es una merced que hay que reconocer a Dios.

Y cuando estamos en compañía de otros, hemos de esperar en Dios para comportarnos con sabiduría, de modo que podamos hacer mucho bien a aquellos con quienes conversamos, y no mal. Espera de Dios la gracia con que nuestra conversación ha de estar sazonada, por medio de la cual es eliminada y prevenida toda comunicación impropia, y puedas abundar en lo que es bueno, y usarlo para la edificación, para que dé gracia a los oyentes, para que tus labios puedan alimentar a muchos.

Cuando das limosna o haces algún acto de caridad, espera en Dios, hazlo como para Él, da a un discípulo en nombre de un discípulo, y al pobre porque pertenece a Cristo; no lo hagas por alabanza de los hombres, sino para la gloria de Dios, con ojo simple y corazón recto, y entonces tus limosnas, como tus oraciones, cual las de Cornelio, subirán como un memorial delante de Dios. (Hechos 10:4.) Pide a Dios que acepte lo que haces para el bien de los otros, para que tus limosnas puedan ser ofrendas. (Hechos 24:17.) Para que sean olor de suavidad, un sacrificio aceptable, agradable a Dios. (Filipenses 4:18.)

Tienes que desear la bendición de Dios sobre lo que das como caridad, a fin de que sea conveniente para aquellos a quienes lo has dado, y que, aunque lo que has podido dar sea poco, como la viuda

que dio dos blancas, con todo, tienes que desear que la bendición de Dios pueda doblarlo y que cunda mucho, como la harina del costal y el aceite de la vasija de la viuda.

Tienes que esperar en Dios para que Él te compense por lo que entregas en buenas obras, y te recompense en abundancia en la resurrección de los justos; es más, se te anima a esperar en Él, para que te devuelva otro tanto ya en esta vida. Es pan echado sobre las aguas, que es hallado al cabo de muchos días. Y observarás cuidadosamente la providencia de Dios, que te hará abundante compensación por tus buenas obras, según su promesa, para que puedas comprender la generosidad del Señor y la fidelidad de la palabra que ha hablado.

Cuando inquieras sobre cosas que afecten al bienestar público, espera en Dios. Hazlo siempre mirando a Él, por esta razón, que tú estás sinceramente interesado en los asuntos de este reino y del mundo, y los tienes cerca de tu corazón, porque tienes compasión de la humanidad, por las vidas y almas de los hombres, y especialmente por el pueblo de Dios. Pregunta: ¿Qué noticias? No como los atenienses, sólo para satisfacer su curiosidad, para pasar una hora ociosa o dos, sino para que puedas saber cómo dirigir tus oraciones y alabanza, y cómo equilibrar tus esperanzas y temores, y cómo ganar una comprensión tal de los tiempos que puedas saber qué es lo que tú y los otros tenéis que hacer.

En lo que se refiere a los asuntos públicos, si son agradables y prometedores, espera en el Señor para que en Él perfecciones su obra, y no dependas de tu sabiduría o la fuerza de ningún medio; si son oscuros y desconsoladores, espera en Dios para prevenir los temores de su pueblo, y que Él aparezca para hacerse cargo cuando la fuerza de ellos está agotada. En medio de los más grandes triunfos de la iglesia y las sonrisas optimistas de los hechos, no hemos de creer innecesario el esperar en Dios, y en medio de los mayores desastres, cuando los asuntos han sido llevados a un extremo, no hemos de creer inútil el esperar en Dios,

porque las criaturas no pueden pasarse sin Él, y Él puede ayudarlas aunque ellas no hagan nada.

Cuando vayas de viaje, espera en Dios; ponte bajo su protección, encomiéndate a su cuidado y confía en que Él pondrá a sus ángeles a cargo de ti, para que te lleven en sus brazos y acampen sus tiendas alrededor de ti cuando tú descanses. Mira hasta qué punto estás en deuda con la providencia por sus bondades respecto a las comodidades y conveniencias de que estás rodeado cuando viajas. Él es quien te ha puesto en el país en que vives y no en el desierto de Arabia, sino en un lugar con carreteras seguras y transitadas, y que, en medio de los terrores de la guerra, las carreteras están libres; a Él le debes que se te preste servicio, y que cuando salgas y entres seas preservado; que cuando estás en el extranjero no estés desterrado, sino que tienes libertad para regresar a tu país, y que cuando estás en tu país no estás confinado, sino que tienes libertad para ir al extranjero.

Por tanto, debemos mantener nuestros ojos fijos en Dios cuando partimos y para que Él venga con nosotros donde vayamos; bajo su cobijo podemos viajar, confiando en que cuida de nosotros, y animarnos con la idea de que en todos los peligros está con nosotros; y a nuestro regreso debemos reconocer su bondad, y nuestros huesos deben decir: “¿Señor, quién es como tú, que guardas nuestros huesos y ninguno de ellos ha sido quebrado?”

Cuando nos retiramos a la soledad para estar solos, andando en los campos, o nos quedamos en nuestro aposento, debemos esperar en Dios; todavía debemos mantener nuestra comunión con Él, cuando estamos a solas con nuestros corazones. Cuando estamos solos no hemos de estar solos, sino que el Padre debe estar con nosotros y nosotros con Él. Hallaremos tentaciones incluso en la soledad, de las que necesitamos ser preservados. Satán acechó a nuestro Salvador cuando estaba solo en el desierto, pero allí tenemos también la oportunidad, si sabemos cómo usarla, para la contemplación divina devota, que es la mejor conducta, de manera

que nunca estamos menos solos que cuando estamos solos. Si cuando estamos solos y en silencio, aislados del bullicio y la conversación tenemos la gracia de llenar aquellos minutos vacíos con meditaciones piadosas sobre Dios y las cosas divinas, recogeremos los fragmentos de tiempo que quedan, de modo que no se pierda nada, y así nos hallaremos esperando en Dios todo el día.

En segundo lugar, dejadme usar algunos argumentos para persuadiros de que viváis una vida de comunión con Dios, esperando en Él todo el día.

Considera que los ojos de Dios están constantemente sobre ti. Cuando estamos con nuestros superiores y observamos que nos miran, esto nos mueve a mirarles a ellos. ¿Y no miraremos a Dios, cuyos ojos nos están contemplando siempre y cuyos párpados prueban a los hijos de los hombres? Él ve los movimientos de nuestro corazón y ve con placer los movimientos de los corazones hacia Él, que deberían instarnos a ponerle a Él siempre delante de nosotros.

El siervo, aunque sea descuidado en otras ocasiones, cuando está bajo el ojo del amo se hallará en su lugar, cumpliendo con su deber. No necesitamos más para convencernos de ser diligentes y para hacer nuestro trabajo con celo que el que el amo nos mire, y entonces nunca nos distraemos.

El Dios en que esperas es un Dios con el que tienes cuentas pendientes (Hebreos 4:13). Todas las cosas, incluso los pensamientos y los intentos del corazón, están descubiertas ante los ojos de Aquel con quien tenemos tratos: con quien tenemos que ver, con quien tenemos palabras, que tiene algo que decirnos, o, como algunos lo leen, con quien tenemos cuentas; hay una cuenta entre nosotros y Él y se refiere a todo lo que hacemos cada día; tiene que ver con esta cuenta entre Él y nosotros para que sea hecho en la sangre de Cristo, que es quien salda la cuenta. Si consideramos

cuánto dedicamos a Dios cada día tendríamos más diligencia y cuidado en la forma en que esperamos en Él.

El Dios en quien nosotros hemos de esperar está esperando continuamente para darnos su gracia; está siempre bendiciéndonos, siempre colmándonos de bondades, de beneficios, y no deja pasar ninguna oportunidad para mostrarnos sus cuidados cuando nos hallamos en peligro; nos abastece cuando necesitamos; se muestra tierno cuando estamos apenados. Su providencia nos da lo que necesitamos cada día, “aguarda para otorgarnos su gracia” (Isaías 30:18), para preservar nuestra entrada y nuestra salida, para aliviarnos y socorrernos en el momento oportuno, que es visible en el monte del Señor. Su gracia está aguardando todo el día para ayudarnos en la necesidad, según lo que ocurre durante el día. Si Dios está dispuesto y se ofrece a hacernos bien, ¿Nos retraeremos nosotros de prestarle servicios?

Si esperamos en Dios, sus santos ángeles serán enviados para guardarnos. Todos ellos son espíritus mensajeros para ministrar para el bien de los herederos de la salvación, y nos ayudan en muchas más maneras de las que nos damos cuenta. ¡Qué honor y qué privilegio el que los ángeles nos vigilen y guarden; el ser llevados en sus brazos; el ser rodeados por sus tiendas; qué seguridad es el ser defendidos por estos buenos espíritus en contra de la malicia de los espíritus malos! Este honor lo tienen todos los que esperan en Dios todo el día.

Esta vida de comunión con Dios y de espera constante en Él es un cielo en la tierra. Es hacer la obra de los cielos y la voluntad de Dios, como la hacen los que están en el cielo, cuya ocupación es contemplar constantemente la faz de nuestro Padre. Es un anticipo de la bienaventuranza del cielo, es una preparación y un preludio al mismo; es tener nuestra presencia en el cielo, de donde esperamos el Salvador. Al verle como nuestro Salvador le vemos como nuestro guía en la vida, y ello muestra que nuestros corazones están allí, y

tenemos buena base para esperar que nosotros estaremos allí pronto.

En tercer lugar, y para terminar, vamos a considerar algunas cosas que tenéis que hacer para que podáis esperar a Dios todo el día.

Ve a Dios en todo lo creado, ve su poder y sabiduría en lo que son las criaturas y donde están colocadas, en su bondad y en su utilidad. Mira alrededor y ve la gran variedad de maravillas, la abundancia de bienestar que nos rodea, y deja que cada cosa te lleve al que es la fuente del ser, el dador de todo bien; nuestra fuente está en Él y de Él fluye nuestra corriente; esto nos hará esperar en él, puesto que todo lo creado es para nosotros lo que Él quiere que sea. Así, las mismas cosas que apartan a un corazón carnal de Dios serán las que nos atraerán a Él, y como todas sus obras le alaban, sus santos tendrán en adelante ocasión continua de bendecirle.

Se dice que los judíos devotos de antaño tenían la costumbre de dar la gloria a Dios por todo aquello en que se deleitaban; cuando olían una flor se dice que bendecían al que había hecho su fragancia; si comían un pedazo de pan, bendecían al que había puesto en el poder para darnos fuerza. Si en todo vemos la gracia del Señor y saboreamos la satisfacción de su abundancia, nos sentiremos constantemente empujados a depender de Él, como el niño se abraza al pecho de su madre y se nutre de él.

Ve que la criatura no es nada sin Dios; cuanto más nos damos cuenta de la vanidad y vacío del mundo, y de nuestros goces en él, y su incapacidad total para hacernos felices, más nos unimos a Dios, y más íntimamente estamos en tratos con Él para poder hallar satisfacción en el Padre de los espíritus, a quien hemos buscado en vano en las cosas de los sentidos. ¡Qué locura es el cortejar a las criaturas, hacer antesala a su puerta, de donde seremos enviados con las manos vacías, cuando podemos acudir al mismo Creador, el cual es rico en misericordia para con todos los que le invocan, lleno,

rico, gratuito, fiel. ¿Qué podemos esperar de la vanidad? ¿Por qué hemos de apoyarnos en cañas cascadas, cuando tenemos la roca de los siglos, el fundamento seguro de nuestras esperanzas? ¿Y por qué hemos de sacar nada de cisternas rotas, cuando tenemos a Dios, fuente de toda consolación y fundamento de nuestros gozos?

Vive por fe en el Señor Jesucristo. No podemos con confianza esperar en Dios si no es por medio de un Mediador, porque es a través de su Hijo que Dios nos habla y nos escucha; todo lo que pasa entre un justo Dios y los pobres pecadores tiene que pasar por las manos de Jesús, que nos pone en contacto; es en la faz del ungido que Dios nos mira, y en la faz de Jesús contemplamos la gloria y gracia de Dios; es por medio de Cristo que tenemos acceso a Dios, y nuestras oraciones son escuchadas, y por tanto, tenemos que hacer mención de su justicia, y sólo de ella; y en esta espera habitual hemos de estar todo el día viviendo en Dios, dependiendo de Él, que siempre aparece en la presencia de Dios por nosotros; siempre está dispuesto a presentarnos a Él.

Expresa con frecuencia y seriamente tu piedad. Al esperar en Dios hemos de hablarle con frecuencia, hemos de usar toda clase de ocasiones para hablarle, y cuando no tengamos oportunidad de dirigirnos solemnemente a Él, aceptará nuestra comunicación improvisada y espontánea por proceder de un corazón sincero. En esto David esperaba en Dios todo el día, como vemos en el versículo 1: “A Ti, oh, Jehová, levantaré mi alma; Dios mío, en Ti confío.” A Ti me dirigiré en tanto que respire. Deberíamos pedir brevemente perdón por nuestros pecados, en lo que se llamaba antes jaculatorias, fuerza contra corrupción, victoria contra la tentación, y no lo haremos en vano. Esto es lo que podemos llamar orar sin cesar, orar siempre; no es la longitud de las palabras de la oración lo que Dios mira, sino la sinceridad del corazón, y ésta será aceptada, aunque la oración sea corta y los gemidos no puedan ser oídos.

Espera en Dios cada día, como si el día en que estás pudiera ser el último, que no lo sabes. En el momento menos pensado puede venir el Hijo del Hombre, y por tanto, no podemos estar seguros ninguna mañana de que vamos a vivir hasta la noche de aquel día. Sabemos de muchos que han sido arrebatados de repente, lo cual nos dice cuan santa debería ser nuestra conducta y nuestra piedad. Aunque no podemos decirlo, tenemos que vivir como si supiéramos que el día que hemos empezado hubiera de ser el último, y además, porque no sabemos el día en que vendrá el Señor y, por tanto, estamos en necesidad de esperar en Él. ¿En quién tienen que esperar las criaturas mortales sino en un Dios vivo?

La muerte nos llevará a todos a Dios para ser juzgados por Él; llevará todos sus santos a

Él para verle y gozar de Él; a Él nos apresuramos, con Él esperamos estar para siempre, por lo que hemos de cultivar nuestros tratos con El. Si pensáramos más en la muerte entraríamos en conversación más frecuente con Dios; nuestro morir diario es una buena razón para adorarle a diario y, por tanto, doquiera que estemos, procuremos estar cerca de Dios, porque no sabemos dónde nos encontraremos con la muerte; Enoc andaba con Dios y fue transportado al cielo sin morir; y esto nos proporcionará lo que permanecerá con nosotros en el otro lado de la muerte y de la tumba. Si seguimos esperando en Dios cada día y todo el día, aumentará nuestra experiencia, y por tanto, estaremos más familiarizados con el gran misterio de la comunión con Dios, y así nuestros últimos días serán los mejores, nuestras últimas obras serán las mejores, y nuestro consuelo será dulce; en consideración a ello tomamos el consejo del apóstol (Oseas 12:16): “Tú, pues, vuélvete a tu Dios; guarda misericordia y juicio, y espera siempre en tu Dios.”

MENSAJE III: Cómo terminar el día con Dios

“En paz me acostaré, y asimismo dormiré; porque sólo Tú, Jehová, me haces vivir confiado.” (Salmo 4:8)

Esto puede ser entendido, de modo figurado, del reposo del alma en la seguridad de la gracia de Dios, o literalmente, del reposo del cuerpo bajo la protección de la providencia. Me gusta dar amplitud a la interpretación de la Escritura y, por tanto, creo que las dos son válidas.

El salmista, después de haber dado preferencia al favor de Dios sobre todo otro bien, hecha su elección y tomada su porción, expresa aquí su complacencia en lo que ha decidido, en tanto que ve a muchos inquietos e inquiriendo constantemente: ¿Quién nos mostrará el bien? David sigue diciéndose: “Estos se preocupan de cosas vanas. En tanto, Él se halla en completa paz y seguridad; ha tomado su parte con la voluntad divina, y el Señor mostrará la luz de su rostro a los suyos; ningún bien, aparte del favor de Dios, puede servirnos de nada, pero basta con él, sin necesidad de las sonrisas del mundo. La luna y las estrellas, con todos los fuegos y velas encendidos en el mundo, no hacen que sea de día si no da el sol, pero el sol se basta, sin necesidad de los otros. Los santos en todas partes están de acuerdo con los sentimientos que expresa David. No hallando descanso en parte alguna, la paloma del arca regresó a la misma arca: éste es el tipo de Cristo, volviendo a su descanso, porque éste es el significado del nombre Noé: descanso. “Recobra, ¡oh, alma mía!, tu calma.” (Salmo 116:7.)

Si Dios levanta la luz de su rostro sobre nosotros, al llenarnos de su santo gozo, nos pone su contento en el corazón, más que los que tienen abundancia de mosto y de grano (versículo 7); Él nos lleva a un santo descanso, y ahora me acostaré y dormiré. Dios es mi Dios

y yo me siento complacido, satisfecho, no busco más, no deseo más, estoy seguro, y estoy confiado: cuando ando a la luz del Señor no necesito nada, no temo nada, no me falta nada, no tengo aprensión de ningún peligro. El Señor es mi sol y mi escudo; un sol que ilumina y conforta, un escudo que protege y defiende.

Así pues, sabe que los que cuentan con la seguridad del favor de Dios pueden gozar y obtener una santa serenidad y la tranquilidad de la mente. Tenemos las dos en esta preciosa promesa (Isaías 32:17): “Y el resultado de la justicia será la paz; y el producto de la rectitud, tranquilidad y seguridad para siempre.” La obra de la justicia será la paz, y hay una satisfacción presente en hacer el bien; el efecto de la justicia será la tranquilidad y la seguridad para siempre; tranquilidad en el goce del bien, y seguridad al ser librado del mal.

El bendito fruto del favor de Dios es una santa serenidad; en paz me acostaré y dormiré. Cuando estamos bajo el ceño de Dios o en duda respecto a su favor, ¿cómo podemos tener goce alguno? Mientras este punto está pendiente, el alma no puede estar satisfecha.

¿Tienes alguna controversia con Dios? No des sueño a tus ojos ni dejes caer los párpados sobre ellos hasta que hayas puesto fin a la discrepancia; humíllate y vuelve a la amistad de tu mejor amigo, y cuando hayas hecho las paces con Él y tengas la evidencia confortadora de que eres aceptado, entonces di con prudencia y justicia lo que dijo el alma carnal y necia: “Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años” (Lucas 12:19). ¿Han sido perdonados tus pecados? ¿Tienes ganada la mediación de Cristo? ¿Acepta ahora Dios tus obras en Cristo? “Sigue tu camino, come tu pan con gozo, y bebe el vino con el corazón alegre.” (Eclesiastés 9:7.) Que esto calme toda tempestad y dé la calma a tu alma.

Teniendo a Dios como nuestro Dios del pacto, tenemos bastante, pues lo tenemos todo, y aunque el alma en gracia todavía desea más de Dios, nunca desea más que Dios; en Él reposa con perfecta complacencia; en Él se halla en casa, descansando, si nosotros

estamos satisfechos en su amante bondad, abundantemente satisfechos. “Porque satisfaceré al alma cansada y saciaré a toda alma entristecida.” (Jeremías 31:25.) Hay bastante para llenar al hambriento, y una vez satisfecho de buenas cosas, tiene que haber descanso, descanso para siempre, y su sueño será dulce.

Una santa seguridad es también el bendito fruto del favor de Dios. “Porque Tú, ¡oh, Jehová!, bendecirás al justo.” Cuando la luz de tu rostro brilla sobre mí estoy seguro y, además, sé que lo estoy. “Como un escudo lo rodearás de tu favor.” Habiendo sido puesto bajo la protección del divino favor, “aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón; aunque contra mí se levante guerra, yo estaré confiado”. (Salmo 27:3.) Lo que Dios me ha prometido puedo prometérmelo a mí mismo y esto basta para llevarme incólume a través de todas las dificultades y peligros que pueda encontrar en el camino de mi deber. “Aunque la tierra sea removida, no temeremos, aunque se traspasen los montes al corazón de la mar” (Salmo

46:2), no temeremos ni en el valle de sombra de muerte, en el territorio del rey de los terrores, porque Tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento. “Torreón fuerte es el nombre de Jehová, a él se acogerá el justo, y estará a salvo.” (Proverbios 18:11, 12.) Todo esto es Dios para el justo. El Poderoso será tu tesoro y tu defensa. (Job 22:25.)

No hay nada más peligroso que la seguridad en un camino pecaminoso, y que los hombres proclamen paz, paz entre sí, mientras continúan bajo el poder de una mente vana y carnal: ¡Oh, si los pecadores que se sienten tranquilos y seguros empezaran a temblar! No hay nada más insensato que fundar uno su seguridad en el mundo, en sus promesas, porque todas ellas son vanidad y mentira, pero nada más razonable en sí mismo, y tan ventajoso para nosotros, como que las personas buenas edifiquen su seguridad en las promesas de un buen Dios, a saber, los que se mantienen en el sendero del deber, para estar tranquilos del temor del mal; así como

a los que no hacen el mal no les acontecerá nada realmente malo, sino que todas las cosas redundarán en su bien, a los que siguen fieles a Dios como su rey, están bajo la protección del Omnipotente, que les permite desafiar a los poderes del mal: Si Dios es con nosotros, ¿quién será contra nosotros? Esta seguridad es la que los paganos consideraban que las personas virtuosas merecían, esto es, y pensaban que si el mundo tenía que saltar en pedazos, el justo no tenía por qué participar en la ruina: con mucha más razón los cristianos que están firmes en su integridad pueden reclamar esta garantía, porque, ¿quién es el que dañará a los que siguen a Aquel que es bueno en su bondad?

Ahora bien, el privilegio de los buenos es que estén tranquilos y satisfechos. Esta santa serenidad y seguridad de la mente la poseen porque Dios les permite estar tranquilos y animosos; es más, se les ha prometido que Dios hablará paz a su pueblo y a sus santos, El los llenará de gozo y paz al creer; su paz guardará su corazón y su mente; los guardará seguros y tranquilos. Hay un método designado para obtener esta serenidad y seguridad prometidas. Las Escrituras han sido escritas para ellos, para que su gozo sea pleno, y que por medio de la paciencia y el consuelo de ellas puedan tener esperanza. Las ordenanzas o sacramentos han sido instituidos para ser pozos de salvación de los cuales podamos sacar agua con gozo. Los ministros han sido ordenados para ser consoladores y ayudar en el gozo. “Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su designio, interpuso juramento, para que por medio de dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fuerte consuelo los que nos hemos refugiado para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros.” (Hebreos 6:17, 18.)

El salmista, terminando el trabajo del día, y probablemente cansado por el mismo, siendo ya la hora de acostarse y habiendo dado buenos consejos a aquellos a quienes deseaba una buena noche para que comunicaran con su propio corazón en la cama, y que ofrecieran sacrificios de justicia (versículos 4, 5), se retira ahora a su

cámara con estas palabras: “En paz me acostaré, y asimismo dormiré.” El propósito por el que he escogido este texto me conduce a entenderlo literalmente, como los discípulos entendieron al Maestro cuando dijo: “Lázaro duerme”; que descansaba en el sueño. (Juan 11:12, 13.) Y así tenemos aquí el pensamiento piadoso de David, cuando se va a la cama: “Del mismo modo que cuando me despierto todavía estás conmigo, también cuando me acuesto todavía estás conmigo.” El día concluye tal como había empezado, con meditaciones sobre Dios y en dulce comunión con Él.

Parece que David escribió este salmo cuando estaba afligido y era perseguido por sus enemigos; quizá fue escrito con ocasión de su huida de Absalón, su hijo, como el salmo anterior; por fuera había luchas, y no es de extrañar que por dentro hubiera temor; con todo, pone su confianza en la protección de Dios de que se irá a la cama al tiempo acostumbrado y con la quietud y ánimo usual, se comportará como otras veces; sabe que sus enemigos no tienen poder contra él si no les es dado desde arriba, y no les será dado poder, sino que se hallan bajo la restricción divina; ni se les permitirá que ejerzan su poder hasta el punto de hacerle algún daño grave, y por tanto, se retira al aposento secreto del Altísimo, y habita bajo la sombra del Omnipotente, y su mente está en paz. Lo que puede partir el corazón de un hombre del mundo no puede tocar el sueño de un hombre piadoso. “Que hagan todo lo que quieran —dice David—, que yo me acostaré y dormiré; hágase la voluntad de Dios.” Ahora bien, observemos aquí:

La confianza en Dios: Tú, Señor, me haces morar en seguridad, no sólo me tienes seguro, sino que me haces saber que lo estoy; me das seguridad; es la misma palabra que se usa respecto al que anda rectamente, que anda seguro (Proverbios 10:9). Sigue adelante decidido; lo mismo que David aquí al retirarse a la cama. No de modo ocioso, como los de Laís (Jueces 18:7), sino descansando en Dios, como los hijos de Sión, en la ciudad de las fiestas solemnes, “morada de quietud, tienda que no será desmantelada” (Isaías 33:20).

Hay una palabra en esta parte del texto que hemos de hacer notar: Es Dios el que nos da la seguridad. Aun cuando estoy solo, ni tengo a ninguno de mis consejeros para aconsejarme, ni a mis guardias para defenderme —dice David—, no tengo aprensión alguna, porque Dios está conmigo. El Hijo de David se consoló también con esto, cuando todos sus discípulos le abandonaron; le dejaron solo, pero no estaba solo, porque el Padre estaba con Él. Algunas personas débiles tienen miedo de estar solas, especialmente en la oscuridad, pero la creencia firme en que la presencia de Dios está con nosotros en todas partes, y en la divina protección bajo la que están los suyos, haría desaparecer estos temores y nos haría ruborizar. No, el que Dios nos haya puesto aparte para Él, como el pueblo escogido (ver versículo 3) nos basta para nuestra seguridad. El ser algo aparte es nuestra seguridad, como lo era para Noé en el mundo antiguo; Israel es un pueblo que morará solo y no será contado entre las naciones, las cuales le serán antagónicas, pero, con todo, morará confiado (Números 23:9). Israel habitará confiado (Deuteronomio 33:28). Cuanto más solos estamos, más seguros. Pero nuestra traducción lo hace referir a Dios: Tú solo me haces vivir confiado. ¡Sólo Tú eres el que lo hace! Dios no necesita ayuda alguna para proteger a su pueblo, aunque a veces usa medios distintos. Y cuando todos los otros refugios fallan, con sus propios brazos nos puede dar la salvación. “El amado de Jehová habitará confiado cerca de Él; lo cubrirá siempre, y entre sus hombros morará.” (Deuteronomio 33:12.) Y esto no es todo, yo confío sólo en que Tú lo harás, por tanto, estoy tranquilo y me considero seguro, no porque hay ejércitos a mi lado, sino simplemente porque Tú eres el Señor de los ejércitos que está a mi lado.

Tú me haces morar en seguridad; esto puede considerarse hacia atrás o hacia adelante, o los dos: Tú me has hecho morar en seguridad todo el día, de modo que el sol no me ha herido de día, por lo que es el lenguaje de agradecimiento por las mercedes recibidas; o Tú me harás descansar en seguridad toda la noche, de modo que la luna no me hiera con su rayo durante la noche; y éste es el lenguaje de la dependencia en Dios para mercedes futuras, y

ambos casos van juntos, y nuestros ojos deben seguir puestos en Dios, como siempre, antes y después, el cual nos ha libertado en el pasado y lo hará en el futuro.

Observamos también que está tranquilo y podemos inferirlo de esto: me acuesto y dormiré: Los que tienen abundancia de trigo y de vino, y que aumenta con las nuevas cosechas, tienen abundancia de riqueza y placer de este mundo, se acuestan y duermen tranquilos, como Booz, a un lado del montón. (Rut 3:7.) Pero, aunque yo no tengo lo que ellos tienen, puedo acostarme en paz y dormir como ellos. Juntamos aquí los dos, el acostarse y el dormir; no sólo me acostaré, sino que también dormiré.

De la misma forma que hemos de empezar el día con Dios y esperar en Él todo el día, también hemos de procurar terminarlo con Él.

Este deber de terminar el día con Dios y en buen espíritu, no creo que pueda ser demostrado mejor que entrando en los detalles del texto, y recomendando seguir el ejemplo de David.

Primero. Retirémonos para acostarnos; la naturaleza nos llama para el descanso como para el alimento; el hombre va a su trabajo y se desplaza activamente durante el mismo, pero sólo hasta la noche, entonces llega el momento de acostarse. Leemos de Isboset que estaba durmiendo la siesta al mediodía (2ª. Samuel 4:5, 6), y la muerte le alcanzó mientras dormía; y también de David, que al caer de la tarde, salió de su lecho y se metió en un pecado peor que la muerte (1Samuel 11:2). Hemos de trabajar durante el día para hacer la obra que nos ha sido mandada, porque viene la noche, en la cual el hombre no trabaja, y éste es el momento apropiado para acostarse; esto nos ha sido prometido (Sofonías 2:7). Se acostarán por la noche y con esta promesa hemos de considerar que la noche es el momento apropiado para el descanso; y no hemos de hacer del día noche y de la noche día, como algunos intentan hacer.

Algunos se levantan para maquinan contra sus vecinos: para matar, robar y destruir; en la oscuridad minan las casas que de día para sí señalaron (Job 24:16). David se queja de sus enemigos de que por la noche rondan por la ciudad (Salmo 59:6). Los que obran mal aborrecen la luz. Judas, el traidor, fue a buscar a su Maestro, con su pandilla, cuando tenía que haberse retirado a la cama. En Proverbios 4:16 se nos habla de los que “no duermen si no obran el mal, y pierden el sueño si no han hecho caer a alguno”.

Otros maquinan en sus afanes de conquistar el mundo y sus riquezas. No sólo se levantan de madrugada, sino que retrasan el descanso, para conseguir ejecutar sus planes (Salmo 127:2), y no tienen inconveniente en negarse el sueño necesario, y ésta es su locura, pues se privan de aquello de que pueden disfrutar, con miras a obtener más. Salomón habla de aquellos que ni de día ni de noche ven sueño en sus ojos (Eclesiastés 8:16), con miras a adquirir sabiduría y ver todas las cosas que se hacen sobre la tierra. Lo cual se nos dice no es más que vanidad y aflicción de espíritu. Consideremos, pues, la locura de estas cosas, y no trabajemos por la carne que perece, y la abundancia que impide el sueño, sino trabajemos para lo que pertenece a la vida eterna, y la gracia que es la anticipación de la gloria, cuya abundancia hará dulce nuestro sueño.

Otros se quedan en vela para dedicarse a los placeres; no se acuestan a su debido tiempo, porque no pueden hallar en sus corazones descanso a menos que prosigan en sus vanos pasatiempos y diversiones, su música, su baile, sus juegos, naipes y dados, o lo que es peor, orgías y excesos, porque los que se emborrachan, se emborrachan por la noche. Es malo que estas satisfacciones de los bajos instintos, o por lo menos de la mente vana, consigan devorar la velada y luego nos dejen en sopor el alma, como acostumbran hacer de modo solapado; de modo que no hay tiempo en el corazón para las devociones nocturnas, sea en el propio aposento o con la familia, pero es peor aún, porque socavando las horas de sueño, lo más probable es que tampoco

haya oportunidad para ningún ejercicio religioso a la mañana siguiente. Los que pueden permitirse pasar la noche en jolgorio, cosas necias o inmundas, considerarían que se les somete a un trato duro si se les ocupara el tiempo con un sermón más largo de la cuenta, cuando algún predicador hiciera lo que Pablo, seguir hablando hasta la media noche. (Hechos 20:7.) ¡Y cuan poco dispuestos se sentirían a hacer como David, levantarse a medianoche para dar gracias a Dios, o, como su Maestro, continuar orando toda la noche!

Hay que mortificar estos afectos pecaminosos, no satisfacerlos. Los que se permiten estas irregularidades, si dedican unos momentos a reflexión imparcial, no podrán por menos que ver los inconvenientes de los mismos y que son un daño a la prosperidad de su alma, y que deberían negarse a ellos para su propio bien. Una buena regla para el final del día es no dilatar demasiado la hora del descanso: todo es bueno a su sazón. He oído decir desde hace mucho, y voy a repetirlo:

Hay que ir pronto a la cama y salir de ella temprano. De este modo se está sano, riqueza y fama se gana.

Vamos, pues, a dar por sentado que a menos que interfiera algún asunto inesperado y necesario, o alguna obra de misericordia, o algún acto especial de devoción, seguirás en vela hasta el momento apropiado y entonces irás a acostarte. Y has de hacerlo con agradecimiento a Dios, dedicando pensamientos a la muerte, reflexiones penitentes por los pecados del día y humildes suplicas de misericordia durante la noche.

Acuéstate con agradecimiento a Dios. Cuando te retiras a tu aposento has de elevar tu corazón a Dios, el Dios de toda misericordia, y hacerle objeto de tu alabanza cuando te vas a la cama. Estoy seguro de que no nos faltan asuntos para darle alabanza, si no nos falta corazón. Por tanto, dirijámonos a este

agradable deber, este trabajo que es en sí su propia remuneración. El sacrificio de la noche había de ser un sacrificio de alabanza.

Tenemos razones para estar agradecidos por las muchas mercedes del día que ha pasado, que tendríamos que revisar ahora, y decir: bendito sea el Señor que me ha colmado el día de beneficios. Observa la serie ininterrumpida de misericordias durante todo el día. Observa los ejemplos particulares de misericordias con que algunos días quedan destacados. Es el que nos concede vida y favor, y su presencia que mantiene nuestro espíritu. Piensa en las calamidades de que te guarda cada día; las calamidades a que estás expuesto, y de cuyo peligro inminente te ha librado, y aquellas, desconocidas, por las que no hemos sentido aprensión, de las cuales sufren muchos que son mejores que nosotros. Todos nuestros huesos tienen motivos de decir al Señor:

¿Quién como Tú? Porque Dios ha guardado nuestros huesos y ninguno de ellos ha sido fracturado. Es por su misericordia que no somos consumidos. Piensa también en los beneficios que te rodean y que debes a su divina providencia, lo que comes y bebes, los pasos que das y el aire que respiras, todas las satisfacciones que hacen tu vida placentera, la sociedad y los amigos, los éxitos en la profesión y el placer que tienes en ellos. Todo el gozo de que disfrutamos, como se dice de Zabulón en sus salidas, y de Isacar en sus tiendas, es por lo que hemos de estar agradecidos y dar alabanza a Dios.

Es posible que el día haya pasado con algún accidente, algo que nos ha afligido y decepcionado, pero esto no nos ha de indisponer para la alabanza; como sea, Dios es bueno y es nuestro deber darle gracias y bendecir su nombre: el Señor dio, el Señor quitó. Sea alabado el nombre del Señor. Nuestras aflicciones son pocas y merecidas; nuestras mercedes muchas y ninguna merecida.

Tenemos motivos para agradecer las sombras del atardecer, que nos llaman a retirarnos, a descansar. La misma sabiduría, poder y

bondad que hace la mañana, hace la noche también para gozarnos, y nos da motivo para agradecer el cerrar los ojos como el abrirlos por la mañana. Dios dividió la luz de las tinieblas, e hizo que se alternaran; esto era bueno. Agradecemos, pues, a Dios las dos cosas, y así como en las revoluciones del tiempo, en las de los sucesos en el tiempo, la oscuridad de la aflicción es necesaria a su sazón, como la luz de la prosperidad. Si el mercenario espera ansioso que las sombras se alarguen porque con ellas viene el descanso, que lo agradezca, y sepamos que el calor y la carga del día no son perpetuos.

Tenemos razones por el aposento quieto en que nos echamos. Nabucodonosor se echaba entre las bestias del campo. Y aunque nacemos desnudos como los animales, no dormimos como ellos en cuevas o desiertos o páramos o montañas. Muchos santos y siervos de Dios han tenido que hacerlo, aunque el mundo no era digno de ellos. Pero el Buen Pastor nos hace echar en verdes prados y nuestra almohada no es una dura piedra como la de Jacob.

Hemos de estar agradecidos de que no nos vemos forzados a permanecer en vela; que se nos da permiso para descansar y aún se nos manda hacerlo. Muchos van a la cama, pero no a descansar, debido a enfermedades penosas y de tal naturaleza que no pueden echarse y respirar. Muchos tienen familiares enfermos, muchas veces sus propios hijos, a los que tienen que cuidar. Muchos temen: enemigos, ladrones, soldados. Nuestro sueño no es perturbado por alarmas de guerra.

Hemos de acostarnos pensando en la muerte y en el gran cambio que tendrá lugar en nosotros al morir. El día tendría que concluir poniendo en nuestra mente la conclusión de todos nuestros días. Es bueno pensar con frecuencia en la muerte, especialmente al ir a la cama. Esto aligerará nuestras fatigas y cruces, nos protegerá contra las tentaciones, nos familiarizará con la muerte y nos hará perder el miedo a la misma.

Al morir nos retiraremos, como hacemos al acostarnos. “El hombre yace y no vuelve a levantarse; hasta que pasen los cielos no despertará ni se levantará de su sueño.” (Job 14:12.)

Salimos para ver y ser vistos, y algunos pasan su vida sin mayor interés hasta que viene la muerte y pone fin a los dos. “No veré a Jah, a Jah en la tierra de los vivientes; ya no veré a ningún hombre con los moradores del mundo.” (Isaías 38:11.) “Los ojos de los que me ven no me verán más; fijarás en mí tus ojos, y habré dejado de existir.” (Job 7:8.) Nos esconderán en la tumba y seremos cortados de entre los vivos. Morir es decir adiós a los amigos, poner un punto en nuestra conversación con ellos. Pero gracias sean dadas a Dios, no es una despedida eterna. Esperamos verlos otra vez la mañana de la resurrección para no despedirnos más de ellos.

Al morir nos despertamos del cuerpo, como ahora nos quitamos los vestidos cuando vamos a descansar. El alma es el hombre, el cuerpo es su vestido; al morir seremos desnudados, la casa terrenal de este tabernáculo será disuelta, y el vestido del cuerpo será puesto de lado; la muerte nos desnuda y nos envía fuera del mundo tal como llegamos a él; limpia el alma de todos los disfraces con que aparece ante los hombres, y así nos envía a Dios. La carga de los vestidos en un día caluroso, el tabernáculo bajo el cual gemimos y que estorba nuestras satisfacciones espirituales, todo ello será puesto de lado. Quedaremos libres para ser revestidos de la gracia de Cristo y de inmortalidad. Nuestro vestido será un cuerpo glorioso como el de Cristo.

Al morir descansaremos en la tumba, ya que nuestro cuerpo descansará en el polvo (Job 20:11). Para los que se mueren en pecado e impenitentes, la tumba es un calabozo, sus iniquidades están sobre sus huesos y yacen con ellos, pero para los que mueren en Cristo, en la fe, la tumba es un lugar de descanso donde no hay inquietudes hasta la mañana del gran día; donde no hay pesadillas y visiones nocturnas de terror; donde hay paz y descanso (Isaías 57:2). El santo Job se consuela con esto en su agonía, que pronto

tendrá su lecho en la oscuridad, y allí tendrá descanso. Es un lecho suave, cual rosa de Sarón, cual lirio de los valles.

Puedes decirte, pues, que la tumba es un lugar de descanso para el cansado, cuando te vas a la cama, con esta consolación, además, que poco después despertarás descansado para reunirte con el amado de tu alma, para estar siempre con Él. Te despertarás a un día que no renovará tus cuidados, sino que te proporcionará gozo eterno y sin mezcla. ¡Cuan confortables podemos echarnos a dormir, pues, con estos pensamientos en nuestra mente! ¡Y cuan confortables cuando nos echemos para morir, habiéndonos acostumbrado a estos pensamientos!

Echémonos con la reflexión penitente de nuestros pecados del día que ha transcurrido. Alabemos a Dios y deleitémonos en Él, pero por desgracia, esta labor de los ángeles no es la única a que nos dedicamos. Nos solazamos en la bondad de Dios, pero nos afligimos, pues es necesario también que nos arrepintamos de muchas cosas por nuestro atrevimiento y nuestros desmanes; los dos es necesario que vayan juntos; hemos de reconocer todo lo que hacemos.

No debe cabernos duda: nuestra naturaleza sigue corrompida, hay en ella raíces amargas. Nuestras ofensas son persistentes, ya que no hay justo ni aun uno. Estamos en medio de un mundo corrupto, y no podemos pasar por él sin mancha. Si decimos que no tenemos pecado o que hemos pasado un día sin pecar, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros. Hemos de pedir, pues, ser limpiados de nuestras faltas, incluso de aquellas de las que no nos hemos dado cuenta. Tendríamos que aspirar a una perfección sin pecado, vigilando cuidadosamente por alcanzarla, pero después de todo hemos de reconocer que nos quedamos cortos, que no la hemos conseguido, y que no somos perfectos. Ésta es nuestra experiencia triste pero constante, y no hay día que, al cerrarse, no nos obligue a ponernos de rodillas.

Hemos de examinar nuestras conciencias para hallar las transgresiones particulares del día transcurrido. Examinemos nuestros caminos, pensamientos, palabras, acciones, y comparémoslas con las reglas de la Palabra. Miremos nuestros rostros al espejo y veamos las manchas que hay. Preguntémonos: ¿Qué he hecho hoy? ¿En qué he faltado? ¿Qué deberes he descuidado? ¿Qué pasos falsos he dado? ¿He cumplido con los deberes respecto a mis relaciones particulares y me he ajustado a la voluntad de Dios en todas sus providencias? Al hacerlo llegaremos a conocernos bien, lo cual contribuirá más que ninguna otra cosa a la prosperidad de nuestra alma.

Tenemos que renovar nuestro arrepentimiento en todo cuanto hemos hallado pecaminoso en nosotros. Hemos de arrepentimos, y lamentarlo sinceramente, y avergonzarnos de ello, y dar gloria a Dios haciendo confesión. Si hay algo en particular que parece más malo que de ordinario, tenemos que lamentarlo de modo especial, y en general, hemos de mortificarnos por pecados debidos a flaquezas diarias, que no deberíamos tomar ligeramente, porque son recurrentes, y por tanto deberíamos avergonzarnos más de ellos y de su causa.

Es bueno no demorar el arrepentimiento; hay que hacerlo antes de que el pecado consiga engañarnos y nos endurezcamos. Las demoras son peligrosas; las heridas recientes se curan fácilmente, pero si tardan en curarse se dañan, hieden y supuran (Salmo 38:5). Aunque durante el día entremos en pecado por debilidad de la carne, podemos ser restablecidos antes de acostarnos si nos arrepentimos. No tenemos, pues, que desanimarnos. El pecado que nos humilla no será nuestra ruina.

Hemos de hacer una aplicación reciente de la sangre de Cristo a nuestras almas para la remisión de nuestros pecados, y la aceptación por la gracia de nuestro arrepentimiento. No hemos de pensar que sólo tenemos necesidad de Cristo para la primera conversión. Tenemos necesidad diaria de Él como nuestro abogado

ante el Padre, y por tanto, como tal, siempre aparece ante la presencia de Dios por nosotros y se ocupa continuamente de nosotros. Incluso nuestros pecados diarios rutinarios serían nuestra rutina si Él no hubiera hecho satisfacción por ellos y no hiciera intercesión ahora por nosotros. El que ha sido limpiado, todavía necesita lavarse los pies de la suciedad que se le pega por el camino, y bendito sea Dios que hay una fuente abierta para que nos lavemos, y está abierta siempre.

Hemos de dirigirnos al trono de la gracia pidiendo perdón y paz. Los que se arrepienten deben orar que los pensamientos de su corazón sean perdonados (Hechos 8:22). Y es bueno que seamos particulares en nuestras oraciones pidiendo el perdón del pecado, como Ana, que oraba por un hijo, Samuel. Así que tenemos que decir: pido perdón de esto o de aquello. Sin embargo, la oración del publicano es siempre apropiada: "Dios, sé propicio a mi pecador."

Postrémonos con humildes suplicaciones en favor de las misericordias de la noche. La oración es necesaria al anochecer como era por la mañana, porque tenemos la misma necesidad del favor y cuidado divino para hacer la salida del día tan hermosa como fue la mañana.

Hemos de orar para que nuestro hombre exterior esté bajo el cuidado de los santos ángeles de Dios que son los ministros de su providencia. Dios ha prometido que dará sus ángeles para que custodien a aquellos que hacen del Altísimo su refugio, y que éstos acamparán alrededor de ellos para defenderlos; lo ha prometido y podemos pedirlo. En Cantares 3:7, 8 vemos que la tierra de Salomón era guardada por sesenta valientes, todos ellos llevando espada al cinto y diestros en la guerra. Mucho más segura es la guardia que dan las huestes de ángeles que rodean nuestras camas y nos preservan de los espíritus malignos. Jesús dice a Pedro: "¿No puedo ahora rogar a mi Padre para que ponga a mi disposición más de doce legiones de ángeles?" Estos ángeles están también a nuestra disposición.

Hemos de orar para que el hombre interior esté bajo la influencia del Espíritu Santo, que es el Autor y fuente de su gracia. Las ordenanzas sagradas públicas son oportunidades en las cuales el Espíritu obra en los corazones de los hombres, y por tanto, cuando asistimos a ellas hemos de pedir las operaciones del Espíritu, y lo mismo en el retiro privado, hemos de hacer la misma oración. Hallamos que “Cuando el sueño cae sobre los hombres... entonces revela al oído de los hombres y les señala su consejo.” (Job 33:15, 16.) Dios instruye al hombre cuando el sueño cae sobre él. Y David concuerda con esta experiencia, pues halló que Dios le visitaba de noche. “Me has inspeccionado de noche, me has puesto a prueba y nada inicuo hallaste.” (Salmo 17:3.) Y que Dios le da consejo: “Aun en las noches me enseña mi conciencia.” (Salmo 16:7.) Halló que la noche era un momento apropiado para recordar a Dios y meditar en Él, y para mejorar la sazón de este conversar con Dios en la soledad, necesitamos la influencia del Espíritu Santo, cuya presencia hemos de pedir al acostarnos y al cual nos hemos de someter. No sabemos en qué forma obra la gracia de Dios cuando dormimos, pero no cabe duda de que el Espíritu del Señor tiene libertad para influir en nosotros. Tenemos razones para orar no sólo que nuestra mente no sea perturbada por malos sueños en que pueden actuar espíritus malignos, sino para que sea aquietada por buenos sueños. He conocido a hombres que oraban cada noche pidiendo buenos sueños.

Segundo. Cuando nos acostamos hemos de procurar hacerlo en paz. A Abraham se le prometió que iría a la sepultura en paz (Génesis 15:15), y esta promesa es válida para toda su simiente espiritual, porque el fin del justo es paz; Josías murió en paz, aunque murió en una batalla. Se dice que los malvados yacerán en dolor (Isaías 50:11). A los justos se les promete que yacerán y nadie les atemorizará. (Levítico 26:6; Job 11:19.) Por tanto, entremos en este descanso, y no nos quedemos cortos de poder hacerlo.

Acostémonos en paz con Dios porque sin esta paz no puede haber ninguna. No hay paz —dijo Dios con los malos— con quienes Dios

está en guerra. El estado de pecado es un estado de enemistad contra Dios; el que continúa en pecado está bajo la ira y la maldición de Dios y no puede acostarse en paz. Apresúrate, pues, pecador, a hacer la paz con Dios en Jesucristo, por medio del arrepentimiento y la fe; echa mano de su fuerza y tendrás paz. Acepta las condiciones de paz que se te ofrecen. No difieras el momento, no te entregues al sueño en estas condiciones, no sea que mueras.

El pecado está procurando enturbiar las relaciones con Dios y nuestras almas, provocando a Dios y alejándonos a nosotros de Él. Es necesario que nos reconciliemos con Él por medio de su Espíritu y la intercesión de su Hijo; nada debe interponerse entre Dios y nosotros, entre su misericordia que desciende a nosotros y nuestras oraciones que ascienden a Él. Justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Entonces no sólo nos acostamos en paz, sino gozosos en la esperanza de la gloria de Dios.

Acostémonos en paz con los hombres. Los que tienen muchos negocios en el mundo raramente pasan un día en que no sufran algún agravio de alguien, o por lo menos así lo creen. Al retirarse por la noche y reflexionar sobre ello es posible que el fuego arda, crezca el resentimiento y digan: Le haré como Él me ha hecho (Proverbios 24:29). Es el momento de meditar la venganza; por ello es necesario que la sabiduría y la gracia apaguen este fuego del infierno y la mente se disponga a perdonar la injuria. Si otros se inclinan a disputar o reñir con nosotros, sea nuestra resolución que no peharemos con ellos. Hemos de amar a nuestros prójimos como a nosotros mismos, y por tanto, no podemos albergar malicia contra nadie. Y hallaremos que es mucho más fácil y agradable el perdonar veinte agravios que el vengar uno.

Si hemos echado todos nuestros cuidados del día sobre Dios podemos acostarnos en paz. El pensar en el día de mañana es un gran obstáculo para la paz de la noche. Aprendamos a vivir sin inquietud y a referir todos nuestros sucesos a Dios, que puede,

según su voluntad, hacer lo mejor para aquellos que le aman: “Padre, sea hecha tu voluntad.” Nuestro Salvador insiste sobre esto a sus discípulos, que no se acongojen pensando en qué comerán o beberán, o con qué se vestirán, porque el Padre celestial sabe que tienen necesidad de todas estas cosas, y Él se las proporcionará. Por tanto, echemos de nosotros esta carga.

Tercero. Habiéndonos acostado en paz, estamos dispuestos para dormir. Me acostaré y dormiré. Dormir por dormir es el rasgo del holgazán, pero el sueño que restaura nuestras fuerzas es una misericordia igual al alimento, y por ella tenemos que estar agradecidos. Y podemos disponernos a dormir con estos pensamientos.

Nuestros cuerpos requieren descanso y alivio, pues se cansan, incluso sin hacer nada o casi nada. El hombre, a diferencia de los animales, anda derecho, pero nosotros no podemos permanecer así durante mucho tiempo. Al cabo de pocas horas hemos de renunciar a este privilegio, ya que nos es imposible continuar despiertos, y hemos de echarnos. Que el sabio no se gloríe en su sabiduría, ni el fuerte en su fuerza, puesto que ambos yacen una cuarta parte de su vida totalmente privados del uso de su fuerza o de su sabiduría, débiles e inertes.

Qué lástima perder tanto tiempo durmiendo, incapaces de servir a Dios o al prójimo, de hacer obra alguna de piedad o de caridad. Por ello muchos desean pasar durmiendo tan poco tiempo como pueden, y se avivan para redimir el tiempo mientras están despiertos, y desean llegar al día en que no hay sueño, sino que como los ángeles de Dios no descansarán de día ni de noche haciendo la bendita obra de alabar a Dios.

El buen amo a quien servimos nos deja tiempo para dormir y nos proporciona lo conveniente para ello, y hace que el sueño nos renueve y vivifique. Dios, pues, tiene consideración para nuestro cuerpo y es conveniente que lo presentemos como sacrificio vivo a

Él, y con él le glorifiquemos. El sueño es prometido a los santos: “A sus santos da Dios el sueño.” (Salmo 127:2.) ¡Que diferencia entre el sueño del pecador, a un paso del infierno, y el sueño que Dios da a sus amados!

¡Cuan triste es el caso de aquellos de cuyos ojos huye el sueño a causa de dolor del cuerpo o inquietud de la mente, y que esperan noches de insomnio y que dicen al acostarse:

¿Cuándo nos levantaremos?! Al pensar que cierto rey francés empleaba como tortura a sus súbditos protestantes, para que renunciaran a su religión, el privarles del sueño por la violencia, nos damos cuenta de la necesidad inexorable del sueño y sentiremos compasión por aquellos que, por alguna razón, se ven privados de su consuelo, y oraremos por ellos.

¡Cuan desagradecidos somos a Dios al permitir que el sueño nos impida a veces hacer lo bueno! El holgazán pierde a veces la hora de oración por la mañana o renuncia a ella por la noche, o cuando hemos dormido durante el servicio de Dios, como Eutico cuando Pablo predicaba, o como los discípulos en la agonía de Cristo en Getsemaní. Los que quieren dormir y no pueden, pueden pensar en las ocasiones en que habrían querido estar despiertos y durmiendo.

Tenemos ahora un día menos para vivir que cuando nos despertamos por la mañana; el hilo del tiempo se va enrollando; la arena va descendiendo a medida que pasa el tiempo y la eternidad se acerca; nuestros días pasan más rápidamente que la lanzadera del tejedor, que va y vuelve en un instante. ¿Y qué hacemos con el tiempo? ¿Qué diremos al dar cuenta de él? ¡Ojala que nos acostáramos siempre pensando en la muerte, para que esto nos ayudara a redimirlo!

Voy a dormir para la gloria de Dios, como al hacer todo lo demás. Para que mi cuerpo sea más apto para servir al alma, y esté mejor dispuesto para el servicio de Dios mañana. Así, las acciones

comunes han de estar dirigidas a nuestro gran objetivo; son hechos en forma piadosa y puestas a nuestra cuenta; son santificadas. Para el que es puro todas las cosas son puras, y sea que estemos despiertos o durmamos, vivimos juntos con Cristo (1 Tesalonicenses 5:10).

Me encomiendo ahora a tu gracia, Señor. Es bueno dormir, habiéndonos entregado a ti, cuerpo, alma y espíritu. “Vuelve al descanso de Dios, ¡oh, alma!, que te he mostrado sus bondades.” Nos encomendamos a Él al dormir, como dijo David en el Salmo 31:5: En tus manos encomiendo mi espíritu. Como hizo Esteban: Señor Jesús, recibe mi espíritu. El dormir parece la muerte, y a veces es su puerta de entrada: muchos no se despiertan después de haberse dormido. Y que cuando me despierte esté todavía con Dios. Que el paréntesis del sueño no quiebre el hilo de la comunión con Dios, sino que se resuma al despertar. Que mis pensamientos al despertar vuelvan a Dios, sin haberse perdido durante la noche. Que con ellos esté mi corazón sazonado todo el día.

Y que pueda entrar en un descanso mucho mejor que el descanso en que estoy entrando ahora. El apóstol habla de un descanso en que entraremos los que hemos creído, el pueblo de Dios (Hebreos 4:9). Los creyentes tienen descanso del pecado en este mundo, tienen a Cristo y el pacto de la gracia, y también el descanso de la otra vida, el gozo con el Señor en toda su plenitud.

Cuarto. Hemos de hacer todo esto en una dependencia confiada en Dios y su poder, su providencia y su gracia. Por tanto me acuesto en paz y me dispongo al sueño, porque el Señor me guarda. David ve los ojos de Jehová sobre él cuando se retira a su aposento, en la oscuridad, y cuando nadie más le ve. Ve su mano protectora que le libra de mal y le mantiene seguro.

Es por medio del poder de la providencia de Dios que estamos seguros durante la noche. Es Él que preserva al hombre y a la bestia (Salmo 36:6), que sostiene todas las cosas por la palabra de

su poder. La muerte pronto habría destruido a todos si Dios no protegiera a las criaturas contra sus flechas que vuelan en todas direcciones. Nosotros no podemos verlas, pero estamos expuestos a ellas en la noche. Nuestros cuerpos llevan consigo la simiente de todas las enfermedades; la muerte está trabajando siempre en nosotros, una cosa minúscula puede interrumpir sea la circulación de la sangre o el resuello, y viene el fin, y ya no nos despertamos. El pecado nos somete a otros riesgos; asesinatos durante el sueño; muchos mueren en sus camas en incendios; y lo peor, la malicia de los espíritus malignos que procuran devorarnos.

Nosotros no podemos protegernos, ni nuestros amigos, no podemos prever lo que se nos echa encima, y por tanto, cómo guardarnos. Cuando el sueño cae sobre nosotros somos totalmente indefensos. Nuestros amigos duermen también.

Es, pues, la providencia de Dios la que nos protege durante la noche. Es una valla como la que rodeaba a Job, que ni el mismo Satán puede penetrar ni halla brecha alguna en ella. Hay una protección secreta para el pueblo de Dios, escondido en su pabellón, en el secreto de su tabernáculo, bajo la protección de su promesa (Salmo 37:5), son suyos y Él los guarda como la niña de su ojo (Salmo 17:8). Él los rodea como las montañas rodean a Jerusalén (Salmo 125:2). Él protege su habitación como las tiendas de Israel en el desierto. “Y creará Jehová sobre toda la morada del monte de Sión... nube y oscuridad de día, y de noche resplandor de fuego... y habrá un toldo para sombra contra el calor del día para refugio y escondedero contra el turbión y contra el aguacero.” (Isaías 4:5.) Así bendice Dios las habitaciones de los justos, para que no caiga sobre ellos ningún verdadero mal, ni ninguna plaga se les acerque.

Este cuidado de la divina providencia sobre nosotros y nuestras familias, de las que dependemos, es tal que cualquier provisión que hagamos nosotros para nuestra seguridad no será suficiente a menos que haya bendición de Dios sobre ella, a menos que el

Señor guarde la ciudad, en vano velan sus guardas. La casa nunca está bastante bien construida, las puertas y ventanas nunca están bastante bien atrancadas, los siervos nunca vigilan bastante a menos que el que guarda a Israel, que no se duerme ni descansa, se haga cargo de su seguridad, y si Él es el protector, “ de la destrucción y del hambre te reirás, y no temerás a las fieras del campo... sabrás que hay paz en tu tienda, visitarás tu morada y nada echarás de menos” (Job 5:22, 24). dependemos continuamente. El temor del peligro, aunque sea sin base, resulta tan pernicioso como si fuera justificado. Y por tanto, para completar la merced de hacernos morar seguros, es un requisito que la gracia de Dios nos libre de nuestros temores (Salmo 34:4), así como de las cosas mismas de las que tenemos miedo; de las sombras que nos aterrorizan, así como de los males reales.

Si por la gracia de Dios podemos mantener la conciencia libre de ofensa y preservamos nuestra integridad, si hemos eliminado la iniquidad y no hemos permitido que la maldad habite en nuestro tabernáculo, entonces levantaremos nuestros rostros sin mancha, y seremos fuertes, y nada temeremos (Job 11:14, 15), porque el temor viene con el pecado y se va con él. Si nuestro corazón no nos condena, tenemos confianza en Dios y en los hombres, y vivimos en seguridad, porque nada nos puede dañar, sino el pecado, de todo lo que nos puede dañar el pecado es el aguijón, y por tanto, si el pecado ha sido perdonado no hemos de temer nada.

Si por la gracia de Dios hemos podido vivir por la fe, la fe que pone a Dios siempre delante de nosotros, la fe que nos aplica las promesas y las pone delante del trono de gracia, la fe que purifica el corazón vence al mundo y apaga los dardos del maligno, la fe que realiza cosas nunca vistas y que es la sustancia y evidencia de ellas. Si actuamos gobernados por esta gracia podemos vivir seguros y desafiar a la misma muerte y todos sus terrores: ¿Dónde está! oh, muerte!, tu aguijón? Esta fe no sólo puede acallar todos los temores, sino que abre nuestros labios en santo triunfo, porque si Dios es con nosotros, ¿quién es contra nosotros? Echémonos a

descansar en paz y durmamos, no en la fuerza de la resolución natural contra el temor, o con argumentos racionales contra él, sino por depender de la gracia de Dios que obra la fe en nosotros y nos llena de la obra de fe. El que tal hace va a dormir como un cristiano, bajo la sombra de las alas divinas, y será para nosotros una anticipación del morir en la fe, porque la misma fe que nos lleva a través de la corta muerte del sueño, nos llevará a través del largo sueño de la muerte.

Aplicación práctica

Primero. Consideremos hasta qué punto nos preocupamos de llevar nuestra religión con nosotros dondequiera que vamos, y de tenerla siempre a nuestra mano derecha, porque en todo momento tenemos ocasión para ella, al acostarnos, al levantarnos, al salir y al entrar, y los que son cristianos verdaderamente son los que no confinan su religión a las lunas nuevas y los sábados, sino que llevan su influencia en todas las acciones y ocurrencias comunes de la vida cotidiana. Hemos de sentarnos a la mesa y echarnos a la cama y levantarnos con la vista en la providencia y promesa de Dios. De esta manera viviremos una vida de comunión con Dios, aunque estemos viviendo normalmente en este mundo.

Y para hacer esto es necesario que tengamos un principio vivo en nuestros corazones, un principio de gracia, que como un manantial de agua viva esté manando continuamente para vida eterna. (Juan 4:14.) Es necesario, asimismo, que vigilemos nuestros corazones, y los guardemos con diligencia, y que seamos estrictos con sus movimientos y que nuestros pensamientos estén bajo mano, con más rigor, me temo, de lo que ocurre con la mayoría de los cristianos. Hemos de procurar tener provisiones constantes de la gracia divina, y mantenernos en unión con Cristo para que por la fe podamos participar de la raíz y de la grosura de la oliva continuamente.

En segundo lugar, hemos de ver que la vida de los cristianos buenos está escondida, y no se ve bajo la observación del mundo. La parte más importante se halla entre Dios y el alma, en la ningún ojo puede ver nada, excepto Aquel que es todo ojo. Justamente son llamados los santos, los escondidos de Dios, y su secreto está con ellos porque tienen comida que el mundo no conoce, y gozos y penas y cuitas de los que un extraño no tiene idea. Grande es el misterio de la piedad.

Y ésta es una buena razón por la que debemos considerarnos jueces incompetentes cuando hemos de juzgarnos unos a otros, porque no conocemos el corazón del otro, ni somos testigos de lo que ocurre en su intimidad. Es de temer que hay muchos cuya religión yace en la superficie, como un espectáculo de feria en la carne, y quizá con gran ruido, y con todo, son extraños a la comunión secreta con Dios, en la cual consiste gran parte del poder de la piedad. Y por otra parte, es de esperar, que hay muchos que no se distinguen en nada observable por su profesión religiosa, sino que pasan sin que el mundo los note, y con todo, conversan mucho con Dios en la soledad, y andan con Él a un nivel constante de devoción y conducta de modo regular. El reino de Dios no es observable. Muchos mercaderes prosperan en negocios que no son observables al público. Es apropiado, pues, que el juicio del hombre proceda del Señor, que es el que conoce los corazones y ve en lo secreto.

En tercer lugar, fíjate hasta qué punto se perjudican a sí mismos los que continúan bajo el dominio de una mente vana y carnal, y viven sin Dios en el mundo. Mucho me temo que de los tales se puede decir que el secreto de la comunión con Dios es algo desconocido, y que están dispuestos a decir de sus ministros, cuando éstos les hablan de ella, que están hablando en parábolas. Se acuestan y se levantan, salen y entran, en constante búsqueda de los beneficios o los placeres del mundo, pero Dios no está en sus pensamientos, ni en mucho ni en poco; viven de El, de sus dones, pero no le tienen

en cuenta, ni confiesan su dependencia de Él, ni se preocupan de asegurarse su favor.

Los que viven una vida así, en un plano meramente animal, no sólo desprecian a Dios, sino que se causan mucho daño a sí mismos; dependen de ellos mismos, y se privan de los consuelos más valiosos de que se puede disfrutar a este lado del cielo. ¿Qué paz pueden tener los que no tienen paz con Dios? ¿Qué satisfacción pueden sacar de sus esperanzas si no están edificadas sobre el fundamento eterno de Dios? ¿O en sus gozos, que no se derivan de la fuente de la vida y de la vida eterna? ¡Oh, que pudieran ser sabios y recordar a su Creador y Benefactor! En cuarto lugar, ve lo agradables y sosegadas que podrían ser las vidas de los que forman el pueblo de Dios si no fuera por sus propias faltas.

Hay algunos que temen a Dios y obran justicia, y son aceptados por el Señor, pero andan con la cabeza caída y desconsolados todo el día, llenos de cuitas y temores y quejas, y en continua inquietud, y es porque no viven la vida de deleite en Dios y dependencia de Él, que podrían y deberían vivir. Dios ha provisto para que puedan morar en paz y sosiego, pero no hacen uso de esta provisión preparada para ellos.

¡Oh! Si todos los que parecen tener conciencia y temen al pecado pudieran mostrar contento y no temer nada; si todos los que llaman Padre a Dios y procuran agradarle y mantenerse en su amor pudieran aprender a echar sus cargas sobre Él y encomendarse a Él como Padre. Él escogerá nuestra herencia y sabe lo que es mejor para nosotros. Tú, Señor, contestarás por mí. Esto es lo que he dicho con frecuencia y a lo que me atengo. Que la vida santa celestial basada en el servicio de Dios y en comunión con Él es la vida más placentera y satisfactoria que se puede vivir en este mundo.

En quinto lugar, procura hallar la mejor preparación que podemos hacer para los cambios que pueden ocurrir en éste, nuestro estado

presente, la cual es el mantenernos en trato y comunión constante con Dios, el mantener conversación con Él diariamente, el guardar los momentos apropiados para invocarle, para que cuando llega la tribulación pueda hallar las ruedas de la oración ligeras. Y luego, que podamos ir a Dios con humilde confianza y esperar ayuda rápida cuando entremos en aflicción si no hemos sido extrañados para con Dios en otras ocasiones, sino que en nuestra paz y prosperidad nuestros ojos han estado dirigidos a Él.

Incluso cuando llegamos al mayor grado de santa seguridad y serenidad, y nos acostamos en paz, todavía hemos de esperar problemas de la carne. Nuestra seguridad no debe estar fundada en la estabilidad de la criatura; si es así, nos engañamos y acumulamos tribulaciones para el futuro. No hemos de confiar en nosotros mismos, sino en la fidelidad de Dios que es inmutable. Nuestro Maestro nos ha dicho que en el mundo tendremos tribulación, mucha tribulación, y que tenemos que contar con ello, y que sólo en Él podemos tener paz. Pero si cada día es para nosotros, como debería ser, un día de reposo en el Señor, y de comunión con Él, nada nos puede ocurrir ningún día que nos trastorne por grave que sea.

En sexto lugar, asegúrate también de cuál es la mejor preparación que puedes hacer para el mundo inmutable que se halla delante de nosotros. Sabemos que Dios nos llevará hasta la muerte, y nuestro interés principal es estar preparados para ella. Ésta debería ser nuestra preocupación de cada día, el estar preparados para nuestro último día, y lo mejor que podemos hacer para nosotros con miras a la muerte es el retirarnos con frecuencia para la comunión con Dios, el desprendernos más y más de este mundo que hemos de dejar al morir, y familiarizarnos más con el otro al que seremos llevados después de la muerte. Al ir a nuestra cama, como si fuera nuestra tumba, haremos que la muerte nos sea familiar, y será tan fácil para nosotros cerrar los ojos y morir como el cerrarlos en paz y dormir.

Esperemos que Dios nos llevará al cielo, y al mantener la comunión diaria con Dios, nos hacemos más y más aptos para participar de esta herencia y aclimatarnos a la atmósfera del cielo. Es indudable que todos los que van a ir al cielo después empiezan su cielo ya aquí y tienen sus corazones allí; si, pues, entramos en el reposo espiritual cada noche, esto será una garantía de nuestro bienaventurado descanso en los brazos del amor divino, en aquel mundo en que el día y la noche dejarán de existir, y ahora no dejaremos ni día ni noche de alabar a Aquel que es y será nuestro descanso eterno.

Estimado Lector:

Nos interesa mucho sus comentarios y opiniones sobre esta obra. Por favor ayúdenos comentando sobre este libro. Puede hacerlo dejando una reseña al terminar de leer el mismo en su lector de libros electrónicos o en la tienda donde lo ha adquirido.

Puede también escribirnos por correo electrónico a la dirección info@editorialimagen.com

Si desea más libros como éste puedes visitar el sitio de [Editorial Imagen](#)

para ver los nuevos títulos disponibles y aprovechar los descuentos y precios especiales que publicamos cada semana.

Allí mismo puede contactarnos directamente si tiene dudas, preguntas o cualquier sugerencia. ¡Esperamos saber de usted!

[Para descargar más libros cristianos gratis presiona aquí](#)